

**La obra de  
los seis días de la creación  
o  
Hexamerón**

**Carlos Arturo Ospina Hernández**

©Carlos Arturo Ospina Hernández

**Dibujos:** Carlos Arturo Rueda  
**Textos y diagramación:** F. Cifuentes  
**Impresión:** Flashcopias de la 15  
1ª. Edición 20 ejemplares  
Bogotá, D.C.  
16 de agosto de 2016

# Contenido

---

Presentación .....	5
--------------------	---

## PRIMERA PARTE

Resultó el primer día .....	9
Se cumplió el día segundo .....	15
Resultó el día tercero .....	21
Resultó el día cuarto .....	31
Resultó el día quinto .....	39
Se formó el día sexto .....	49
El día séptimo .....	61

## SEGUNDA PARTE

El intelectual filosofesco .....	69
«Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas» .....	71
« <i>Non in commotione Dominus</i> » .....	75
«No está bien tomar el pan de los hijos y echarse a los perros» .....	77
Si alguien tuviese una súbita perturbación en los ojos, en los nervios, en la mente....	81
Verdades olvidadas en la consideración de la naturaleza .....	83
El riquísimo significado moral de los simples objetos caseros .....	86
Un cuadro oportuno en la era de la máquina .....	87
Elegancia y destreza vencen a la fuerza y la materia .....	88
Epílogo.....	89



## Presentación

---

«Y es de notar que el mundo, si bien sirve al hombre en cuanto al cuerpo, principalmente le sirve en cuanto al alma; y si le sirve en cuanto a la vida, principalmente en cuanto a la sabiduría.

Cierto que el hombre, antes de su caída, tenía conocimiento de las cosas creadas y por la representación de estas era llevado a Dios para alabarle, venerarle y amarle; y para esto son las criaturas y de este modo son reducidas a Dios. Mas cayendo el hombre, como hubiese perdido éste el conocimiento, no había quien las redujera a Dios. Por lo que este libro, o sea el mundo, estaba como obscurecido y borrado, y fue necesario otro libro, por el que fuese iluminado, para recibir las metáforas de las cosas. Y este libro es el de la Escritura, que pone semejanzas, propiedades y metáforas de las cosas escritas en el libro del mundo. El libro, pues, de la Escritura es reparador de todo el mundo para conocer, alabar y amar a Dios. De donde, si preguntas qué te vale o de qué te sirve la serpiente, vale para ti más que todo el mundo, porque te enseña la prudencia, como la hormiga la sabiduría; Salomón: ¡Anda, oh perezoso!, ve a la hormiga y aprende a ser sabio; asimismo, en San Mateo: Habéis de ser prudentes como serpientes» (SAN BUENAVENTURA, Colaciones sobre el Hexamerón, BAC, T. III, p. 415-417, 1947).

Para hacer la maravillosa lectura del Libro de la Creación es necesario comenzar a abrirlo como lo han hecho Moisés, el iniciador de la sabiduría de Dios, y San Juan, quien nos señala su término. El uno dijo: «En el principio creó Dios el cielo y la Tierra» (Gen., I,1), esto es, en el Hijo, según San Agustín; y San Juan: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios. Por el fueron hechas todas las cosas». Si, pues, no es dado llegar al renacimiento de la criatura sino por aquello por lo que ha sido hecha, es necesario como se dice en el Eclesiástico, que «preceda todas tus obras en el verbo de la verdad».

En Cristo «están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios» y es el medio de todas las ciencias.

Por lo tanto, todo conocimiento de la creación que no conduzca al Verbo de la verdad, será un conocimiento inútil. Y toda ciencia que no llegue hasta El será un camino neciamente recorrido.

# **PRIMERA PARTE**





# Resultó el primer día

---

«En el principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra, empero, estaba informe y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo: y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas.

«Dijo, pues, Dios: Sea la luz. Y la luz fue. Y vio Dios que la luz era buena: y dividió la luz de las tinieblas. A la luz llamó día, y a las tinieblas noche: y así de la tarde aquella y de la mañana siguiente, resultó el primer día» (Genes. I, 1, 5).

En la primera frase de las Sagradas Escrituras: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra» se hace la primera proclama de la unión entre lo celestial y lo terrenal que llegará a su perfección en la encarnación del Verbo.

También se disipan todas las cosmogonías absurdas en las cuales vacilan y tropiezan quienes niegan esta verdad, porque cuando no se reconoce la existencia de un Dios trascendente —conforme al decir de Bossuet— «Todas las cosas son dios, excepto el propio Dios».

Aquí se afirma la existencia de un Dios creador y eterno, al igual que nos presenta el mundo como la expresión del pensamiento de Dios. En efecto, no existía, y Dios lo saca de la nada y a cada palabra suya —como lo veremos adelante— surgen una multitud de creaturas variadas y perfectas que despliegan ante nuestros ojos un libro magnífico, el primero en que Dios quiere que los hijos de los hombres lean su existencia, su gloria, su poder, su bondad y todas sus perfecciones.

Con majestad y sencillez comienza el relato de su obra: «En el principio Dios creó el cielo y la tierra», y este solo hecho es un predicado de su infinita grandeza.

«La tierra, empero, estaba informe y vacía», es decir si algo contiene es porque Dios generosamente se lo ha dado.

«... y las tinieblas cubrían la superficie del abismo». Esta situación la explica el mismo Creador a Job: «¿Dónde estabas tú, cuando cubrí el mar con una nube, y lo envolví en el momento de su nacimiento con una niebla tenebrosa, lo mismo que se faja a un niño?» (Job, 38, 9).

En las tinieblas generales y en la noche en que estaba hundido el universo, tenía Dios tranquilo un abismo inmenso bajo una niebla espesa, y parecía que lo adormecía en su infancia bajo el algodón con que lo había cubierto, reservando para otra época el agitar este temible océano, y ponerlo en fuga con su palabra, permaneciendo igualmente dueño de conservarlo en el sueño o de despertarlo.

«... y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas». Las aguas estaban cubiertas de una niebla que le servía como de lienzo y pañal y el Espíritu de Dios era llevado sobre ellas. El espíritu vivificador, parecido a un ave que tiende sus alas sobre sus polluelos para cubrirlos, o hasta sobre sus huevos para calentarlos, engendraba, por así decirlo, el mundo futuro, y lo animaba con su soplo y le inspiraba el calor y la vida.

Se entrevé la profunda y amorosa relación de la sabiduría con sus creaturas.

Y una prefigura: «En verdad, en verdad os digo que si el hombre no renace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos. El que nació de la carne es carne, el que nace del espíritu es espíritu. No os asombréis de lo que os he dicho que es preciso que nazcáis de nuevo» (Juan, III, 3, 5 seq.).

Se muestra así en la creación un modelo de reparación y en ella constantemente se advertirá que Dios ha seguido en la regeneración del hombre las mismas leyes que en su creación.

\*\*\*

Dijo, pues, Dios: Sea la luz. Y la luz fue. Y vio Dios que la luz era buena: y dividió la luz de las tinieblas. A la luz llamó día, y a las tinieblas noche» (Gen, I, 3, 4, 5).

Sin la luz, la naturaleza entera sería como si no existiera, y las bellezas y maravillas que la sabiduría divina ha desparramado, sin ella serían inútiles al hombre que debe ser su admirador.

Obra excelente y beneficio inconmensurable, escapa sin embargo a la razón y enseña a reconocer los límites de la misma, al par que a aceptar los inescrutables misterios del Creador. En efecto la luz es una creatura evidente, pero los hombres ignoran qué es, todo lo que de ella afirman no pasa de ser mera conjetura.

«¿Dime, si todo lo sabes, en qué parte reside la luz?» (Job, XXXVIII, 19, 20)

Si la luz es incomprensible en su naturaleza, también lo es en sus efectos y propiedades. La velocidad con que se propaga para que un número infinito de personas pueda gozar a cada instante del universo mirando tan lejos como se lo permita su vista. La sutileza infinita de sus moléculas para poder pintar los objetos hasta en los ojos más pequeños, para no deslumbrarlos con su brillo y no dañarlos con su calor. Sus rayos se refractan para que se puedan distinguir mejor los objetos que se presentan a los ojos.

Esto indica cómo Dios se ha propuesto la utilidad y el placer para el hombre con la luz, al igual que con todas sus obras como bien podremos observarlo.

Una de las propiedades de la luz consiste en colorear todos los objetos y hacerlos distinguir fácilmente.

Merced a esta propiedad de la luz que pinta y viste todo cuanto nos rodea, cada creatura puede reconocerse, y cada especie lleva su librea particular.

¿Cuál no sería la fatiga si a cada instante hubiese que raciocinar para distinguir una cosa de la otra?

La tierra no se ha hecho para albergar filósofos desunidos y meditando aisladamente, sino una sociedad de hermanos, ligados por necesidades y deberes recíprocos.

Dios por eso concedió al género humano e inclusive a los animales que lo sirven, la senda expedita y cómoda de distinguir los objetos por el color.

El hombre abre por la mañana sus párpados, y quedan hechas ya todas sus investigaciones, se le presentan sus obras, sus instrumentos, su sustento y todo cuanto le interesa, nada le estorba, y el color es la marca que guía su mano y la lleva sin equivocarse a donde es preciso que llegue.

Pero esta utilidad no es la única razón; Dios quiere colmar al hombre de placeres y por eso lo colocó en una agradable morada, un universo adornado con pinturas brillantes y variadas. El cielo y todo lo que se ve de lejos han sido pintados a grandes rasgos, los caracterizan el brillo y la magnificencia del colorido; pero la ligereza, la finura y lo gracioso corresponde a los objetos que deben contemplarse más de cerca, como los ramares, las aves y las flores.

Además la tierra cambia de vestido según las estaciones. Si bien en el

invierno un vasto velo blanco la cubre, es para proporcionarse y proporcionarnos un necesario descanso. Mientras detiene al hombre en su retiro, ¿para qué ha de adornarse una tierra que no debía ver su señor?

A la vuelta de la primavera se contemplará con un placer nuevo y siempre reproducido.

Los colores se acomodan además a todas las situaciones sociales, los comunes sirven para los usos ordinarios, los más vivos y brillantes se reservan para ocasiones distinguidas. En la aflicción, quienes visten los colores del luto consuelan; y en la alegría, los que usan colores festivos se regocijan.

La luz es el principio fecundador de la naturaleza.

El Verbo de Dios, luz eterna, esencialmente fecunda, lo hizo todo, y la luz creada da a todas las partes del mundo material su propio ser y las modificaciones que las distinguen, de modo que puede decirse de la luz lo que se dice del Verbo Divino: El, en todas partes El, siempre El.

Por medio del Verbo Divino se sabe toda la verdad en el orden sobrenatural, porque El es quien ilumina a todos los hombres que vienen a este mundo; y por medio de la luz creada se saben todas las cosas en el orden de la naturaleza, porque ella es también la que ilumina los ojos y a todos los hombres que viven en este mundo.

El hombre que todo lo adivina y conoce por la luz no la comprende sin embargo. Lo mismo sucede con el orden sobrenatural.

El hombre solo ve y sabe todo lo que es material por medio de la luz que nada tiene de material. Y es capaz de conocer solamente por el alma que es absolutamente espiritual.

La luz increada se esparce por medio de la palabra con una rapidez prodigiosa, colora, embellece, caracteriza todos los objetos del conocimiento y del amor. Lo mismo sucede con la luz creada.

La doble luz que ilumina nuestra doble naturaleza explica las palabras del apóstol San Pablo: «el mundo visible no es más que la expresión del mundo invisible» (Rom, I).

Después de haber creado la luz, Dios «la separó de las tinieblas». Esto significa que marcó un orden y una sucesión entre las tinieblas y la luz. Desde ese momento se ven el día y la noche reemplazarse sin perjudicarse, como dos hijos que se han repartido la herencia y la disfrutan en común con toda armonía, rigurosamente encerrados durante tantos siglos en los

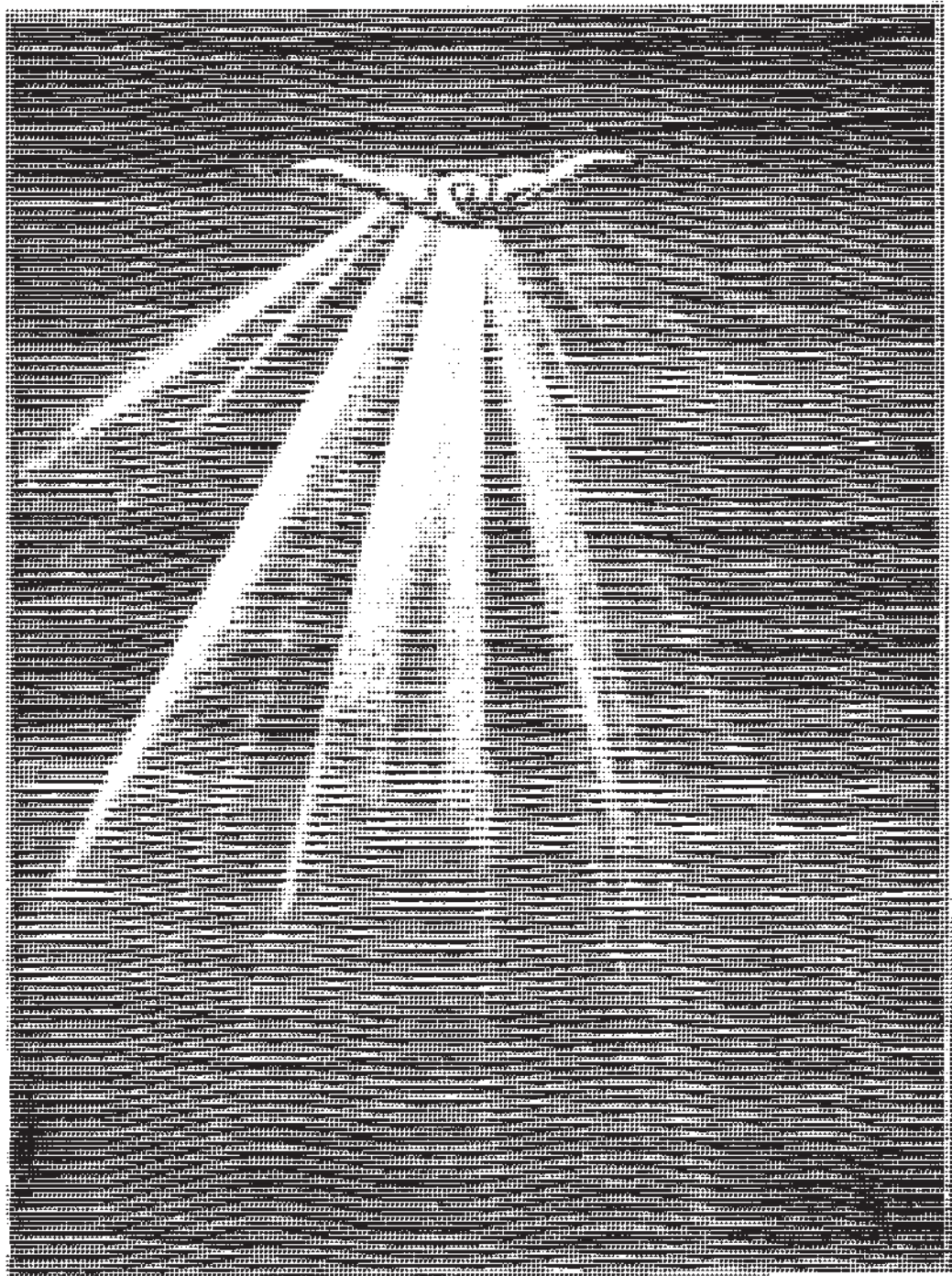
límites que a cada cual le fueron asignados. Pregonan para el hombre el doble beneficio de la vida y del descanso, de la acción y de la contemplación.

El escenario de la creación está dispuesto y convenientemente iluminado, solo resta que en la sucesión de los días desfilen las nuevas creaturas.

\*\*\*

El primer día de la creación corresponde a la primera edad del cuerpo místico de Cristo, según San Buenaventura: «La primera edad, a modo de infancia, corre desde Adán hasta Noé. Porque Dios en el principio puso como en semilla lo que después brotó en el hecho místico o en la obra. El primer día significa el primer tiempo, en el que se da al hombre la luz y el conocimiento; y ésta es la infancia, que desaparece con el olvido; y así todo lo que sucedió en aquel tiempo en que por el diluvio desaparecieron todos los animales, fuera de los que estuvieron con Noé» («Colaciones sobre el Hexamerón», col. XV, BAC, pág. 457).

«... y así de la tarde aquella y de la mañana siguiente, resultó el primer día.» (Genes. I. 5).



# Se cumplió el día segundo

---

«Dijo asimismo Dios: Haya un firmamento en medio de las aguas: que separe unas aguas de otras. E hizo Dios el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del firmamento, de aquellas que estaban sobre el firmamento. Y quedó hecho así. Y al firmamento llamó Dios cielo. Con lo que de tarde y de mañana se cumplió el día segundo» (Genes. I, 6, 8).

Todo el espacio que se extiende desde la superficie de la tierra hasta más allá de las estrellas fijas es el firmamento.

«Los cielos publican la gloria de Dios y el firmamento anuncia las obras de sus manos» (Psalm. 18, 2).

«Hermosura del altísimo cielo es el firmamento, la belleza del cielo es una muestra en que se ve la gloria» (Eccli, 43, 1).

Por más esfuerzo que se haga no se podrá tener una idea cabal de la extensión del cielo.

El sol, que da la impresión de ocupar un pequeño espacio, tiene un diámetro 112 veces mayor que el de la tierra; su volumen es 1.300.000 veces mayor que el de globo terráqueo y su distancia de la tierra es 190.000.000 de kms. Un avión a reacción, a dos veces la velocidad del sonido, tardaría 12 años y 9 meses para llegar al sol y más de 5.208 años para llegar a la estrella fija más cercana.

Las estrellas fijas son otros tantos soles que hacen llegar no una luz prestada, sino la que les es propia; soles que el Creador ha sembrado en el espacio inconmensurable que se extiende sobre las cabezas de los hombres.

Y todo lo hizo con una sola palabra.

Soles que han sido apartados del hombre para preservarlo de su fuego, sin privarlo del goce de la luz.

Además la vía láctea es una vasta aglomeración de estrellas o de soles más lejanos aún. La mano de Dios arrojó, pues, los mundos a lo largo de esta vía con tanta abundancia como los granos de arena sobre la orilla del mar.

Todas esas esferas enormes que tan diversamente giran son máquinas terribles cuyo menor choque bastaría para hacer pedazos el planeta tierra,

pero la misma mano que los ha suspendido en el espacio ha trazado su camino. Un cálculo infalible ha arreglado todos los grados de su peso y velocidad, y ningún obstáculo imprevisto, ninguna fuerza extraña entorpece su curso.

¿Qué es en comparación de esta inmensidad el pedazo de tierra que habitamos? ¿Qué son en comparación de esos mundos las provincias y los reinos? ¿Átomos que revolotean por el aire y que sólo se ven a los rayos del sol.

¡Cómo esto da una noción de nuestra propia nada, mas cómo también Dios hizo para nosotros todas estas obras!

La excelencia de los seres creados por Dios no se mide con tacañería.

Al hombre le ha dado una inteligencia, una voluntad, un alma y solo a él comunica el conocimiento de sus obras.

\*\*\*

Dios formó con la mezcla del aire y de una gran capa de aguas ligeras la bóveda azul del firmamento, dándole al palacio del hombre un hermoso artesonado, y mostrándole de paso su ternura y afecto hacia él. Lo ha encastrado como en una perla. En efecto, Dios hubiera podido oscurecer o ennegrecer la bóveda celeste, pero el negro es un color lúgubre que hubiera entristecido toda la naturaleza; tampoco le convenía el rojo o el blanco; el amarillo esta reservado para la aurora y con este color los astros no se destacarían; y el verde lo dejó para colorear la bella alfombra que ha extendido a nuestros pies. El azul realza a todos los astros y por esta razón lo eligió el Creador.

Pero su tinte no es uniforme sino cargado de matices a lo largo del día.

Por la mañana blanquean poco a poco en el horizonte suaves resplandores y palidece el azul del cielo, con el objeto de preparar los ojos para sostener el brillo del día; y cuando llega la tarde el sol no les retira instantáneamente su luz, pues los disponen a las tinieblas de la noche resplandores tan suaves como los de la mañana.

Sería muy incómodo pasar de un golpe de la claridad completa a una oscuridad profunda: una transición tan súbita de la luz a las tinieblas dañaría los órganos de la vista y podría destruirlos.

Muchos viajeros, sorprendidos por una noche repentina, se extraviarían, y la mayoría de las aves estarían expuestas a perecer.

Dios todo lo previó. Quiso además que el cielo o firmamento estuvie-



ra en medio de las aguas, de modo que hubiese aguas superiores y aguas inferiores a dicho firmamento. Existe, pues, en la atmósfera un inmenso océano sostenido por la sola mano del Omnipotente.

Cuando la impenitencia de los hombres lo indujo a arrepentirse de haberlos creado, volvió las cosas a su primer estado y sobrevino el diluvio universal: «Se rompieron todas las fuentes del grande abismo y se abrieron las cataratas del cielo» (Genes. VII, 11).

\*\*\*

El espacio está lleno hasta una grande altura de una materia fluida, pesada y elástica llamada aire. Toda la masa de aire que rodea la tierra y le sirve como de vestido se llama atmósfera.

Por su peso se calcula que un hombre de estatura ordinaria sostiene realmente sobre sí 21.000 lbs. de aire.

¿Cómo puede resistirlo? Gracias al poco de aire que existe en nuestro cuerpo hay un balanceamiento. Sin éste moriríamos aplastados y sin el externo explotaríamos.

La igualdad de estas fuerzas contrapuestas constituye nuestra seguridad y si llegara a romperse el equilibrio, pereceríamos irremediabilmente.

Dios hizo también al aire invisible para evitar a nuestros ojos todo lo que entorpezca la acción de la luz.

Igualmente para ahorrarnos el grotesco espectáculo de ver lo que la perpetua transpiración arroja de los cuerpos de los animales, lo que se exhala de las cocinas, de las calles y de todos los sitios habitados.

Para protegernos del mal que las exhalaciones tóxicas podrían ocasionarnos nos advierte el peligro por medio de los olores, y nos libra de ellas con el soplo de los vientos.

Sutiles, pero lo suficientemente sólidas para formar una masa capaz de modificar o inclinar los rayos de la luz cuando penetran oblicuamente, las invisibles partículas de aire hacen posibles las auroras y los crepúsculos.

De modo que cuando el sol se aproxima, varios de estos rayos que pasan por encima de nosotros y no vienen en nuestra dirección, encontrando la masa de aire se inclinan, se tuercen hacia la tierra y llegan a nuestros ojos, de tal suerte que vemos la luz mucho antes de que el sol aparezca, y por la tarde nos permite disfrutar también por algún tiempo de su luz aunque haya desaparecido.

Así el hombre puede prepararse con la debida anticipación para dar comienzo y fin a sus trabajos, y si la luna y las estrellas velan aún proporcionándole el auxilio de sus antorchas, su resplandor es tan suave que no llega a turbar su descanso.

El aire es además el mensajero que nos trae los avisos desde todos los rincones, el vehículo de los olores y nos da la oportunidad de distinguir los ambientes saludables y hasta refinados, de los que no lo son.

No solamente transmite los sonidos sino que comunica los espíritus con la palabra. Es pues el intérprete del género humano y el lazo de las almas.

El centinela ve el peligro, da algunos golpes sobre una campana, acciona una sirena, y en segundos las gentes de una comarca están aprestándose para conjurarlo, gracias al aire.

Su fidelidad es absoluta: sin ninguna confusión permite distinguir la armonía de un concierto, toda la ligereza de las cadencias, las inflexiones de voz, los gratos acentos de la oración.

A semejanza de una bomba eleva las aguas del mar y las distribuye sobre toda la superficie de la tierra. Agitado, se convierte en viento y sopla purificando nuestras moradas, evitando que las ciudades se conviertan en cloacas. Además, nos refresca y nos calienta.

Sin embargo, su mayor beneficio es hacer posible la vida, entra en los pulmones y permanece en ellos el tiempo necesario para dar fuerza y movimiento a todos los demás órganos. Cuando ha perdido su resorte los abandona y un aire nuevo lo reemplaza y perpetúa la vida. Es una imagen perfecta de la oración que incesantemente debe aspirar a Dios y elevarnos a El.

\*\*\*

«El segundo tiempo corresponde al segundo día y a la edad de la niñez, porque entonces fue hecho el firmamento en medio de las aguas; y en este tiempo se hizo la alianza por el arca, para que no pudiesen los hombres por las aguas inferiores, y por el arco iris, para que en adelante no pudiesen por el diluvio. Y así como en la niñez los niños hablan y aprenden a hablar, así en el segundo tiempo se dividieron las lenguas. Y esta edad dura desde Noé hasta Abraham» (San Buenaventura, «Colaciones sobre el Hexamerón» Col. XV, in «Obras de San Buenaventura», T. III, p. 457, BAC, Madrid, 1947).

«... Con lo que de tarde y de mañana se cumplió el día segundo.» (Genes. I, 8).

«*Produjo la tierra hierba verde, etc.* Se ha hablado de los frutos de la Sagrada Escritura, y a estos frutos nos invita la Sabiduría eterna; en el Eclesiástico se lee: *Yo, como la vid, broté pimpollos de suave olor, y mis flores dan frutos de gloria y de riqueza. Venid a mí todos los que os halláis presos de mi amor, y saciaos de mis frutos.* Si queremos pasar nos es necesario ser hijos de Israel, quienes pasaron el Egipto; los egipcios, en cambio, no pasaron, sino que se sumergieron. Y pasan, en realidad, los que ponen todo su empeño en cómo han de pasar de las vanidades a la región de la verdad. De la verdad a la vanidad pasó Adán, por lo cual se dice en el Salmo: *En verdad que como una sombra pasa el hombre, y por eso se afana en vano. Atesora y no sabe para quien allega todo aquello. Dura el día como el heno: florece por la mañana, y se pasa; por la tarde inclina la cabeza, y se deshoja, y se seca. Cuando, pues, se ama el bien mudable, pasajero, vano, pasa el hombre, y este pasar lo reprueba la Sabiduría.* De este pasar se origina todo mal. Así pasó Lucifer, a quien se dijo: *Pero tú has sido precipitado al infierno.* En primer lugar fue precipitado por la culpa, después por el juicio. Esto hizo también Adán: después que perdió el árbol de la vida, se escondió. Porque se vio desnudo de todos los hábitos buenos; por lo cual fue echado del paraíso.

«(...) Pero, ¿cómo se ha de pasar? Todos quieren ser sabios y científicos. Mas pronto sucede que la mujer engaña al varón. Pues la sabiduría está en alto como noble; la ciencia abajo; pero le parece hermosa al hombre, y por esto quiere unirla a sí, y se inclina el alma a las cosas sensibles y cognoscibles por la razón, y quiere conocerlas, y luego de conocerlas, experimentarlas, y, por fin, unirse a ellas. Y así se debilita, como Salomón, quien quiso conocerlo todo y trató de todas las plantas, desde el cedro que se cria en el Líbano hasta el hisopo, y se olvidó de lo principal, y así se tornó vano. No es, pues, seguro el paso de la ciencia a la sabiduría; hay que poner un medio, es decir, la santidad. El paso es el ejercicio: el ejercicio del estudio de la ciencia al estudio de la santidad, y el ejercicio del estudio de la santidad al estudio de la sabiduría, sobre lo cual se lee en el Salmo: *Enséñame la bondad, la doctrina y la sabiduría.* Empieza de lo más alto, ya que querría gustar cuán bueno y suave es el Señor; pero no puede llegarse a la sabiduría sino por la disciplina, ni a la disciplina sino por la ciencia; no hay que preferir, pues, lo último a lo primero. Mal comerciante sería quien prefiriese el estaño al oro. Pues quien prefiere la ciencia a la santidad, nunca será rico.» (SAN BUENAVENTURA, *Colaciones sobre el hexamerón*, col. XIX, p. 536-537, in *Obras de San Buenaventura*, T. III, Biblioteca de Autores Católicos, Madrid, 1947).



# Resultó el día tercero

---

«Dijo también Dios: Reúnanse en un lugar las aguas, que están debajo del cielo; y aparezca lo árido o seco. Y así se hizo. Y al elemento árido dióle Dios el nombre de Tierra, y a las aguas reunidas las llamó Mares. Y vio Dios que lo hecho era bueno.

«Dijo asimismo: Produzca la tierra yerba verde y que dé simiente, y plantas fructíferas que den fruto conforme a su especie, y contengan en sí mismas su simiente sobre la tierra. Y así se hizo. Con lo que produjo la tierra yerba verde, y que da simiente según su especie, y árboles que dan fruto, de los cuales cada uno tiene su propia semilla según la especie suya. Y vio Dios que la cosa era buena. Y de la tarde y mañana, resultó el día tercero» (Genes. I, 9, 10, 11).

Este mandato: Reúnanse en un lugar las aguas, que están debajo del cielo, que no es más que una simple palabra, fue una amenaza terrible y un trueno según el Profeta, porque se dieron tanta prisa en precipitarse y amontonarse unas sobre otras para dejar libre el espacio que debía quedar al descubierto, que en vez de deslizarse tranquilamente, emprendieron la fuga con espanto, como queriendo salir del universo.

«A tu amenaza huyeron,  
a la voz de tu trueno temblaron» (Psalms. CIII, 7).

En esta obediencia tumultuosa, cuando las aguas aterradas parecía que iban a sembrar el desorden por donde quiera que se desbordasen, una mano invisible las dirigió con tanta facilidad como una madre que gobierna y maneja a un niño que había envuelto en pañales y coloca enseguida en la cuna.

«¿Quién puso diques al mar, cuando se derramaba por fuera como quien sale del seno de su madre, cuando lo cubría Yo de nubes como de un vestido, y lo envolvía entre tinieblas como a un niño entre los pañales? Lo encerré dentro de los límites fijados por Mí, y le puse cerrojos y compuertas, y dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás más adelante; y aquí quebrantarás tus hinchadas olas» (Job, XXXVIII, 8, 11).

De este modo fue puesto en su lecho este niño temible, donde permanece tranquilo desde entonces, contenido por el grano de arena que el Señor señaló por límite a su cuna.

El Verbo Encarnado también lo sujetó a su imperio: «Subió a una barca y lo acompañaron sus discípulos. Y he aquí que se levantó una tempestad en el mar tan grande que las olas cubrían la barca. Pero El dormía. Se acercaron para despertarlo y dijeron: 'Salvadnos, Señor, que perecemos'».

«Y les responde: '¿Por qué teméis, hombres de poca fe?' Entonces se levantó, increpó a los vientos y al mar y se produjo una gran calma.»

«Y ellos decían admirados: '¿Quién es éste? Porque aun los vientos y el mar lo obedecen'» (Mt. VIII, 23, 27).

Encerradas en su vasto receptáculo las aguas podrían corromperse y exhalar vapores maléficos que harían la tierra inhabitable. Pero la Sabiduría dispuso que estuviese en movimiento continuo, y el mar impele todos los días durante seis horas todas sus aguas del centro hacia los extremos, y todos los días las llama desde los extremos hacia el centro durante otras seis horas. En siete mil años no ha fallado una sola vez. Este movimiento se llama flujo y reflujó; se efectúa en todos los mares y con mayor ímpetu en los océanos.

Existe para el bien del hombre y gracias a este movimiento se preserva y le sirve.

Al empujar las aguas de los ríos con la marea hacia el interior del continente hace profundo y navegable el cauce de los mismos, permitiendo que los buques consigan arribar con sus gentes y sus mercancías tierra adentro.

El mar cuenta también con la salumbre que lo purifica, sirve de alimento a las especies que lo habitan e impide que la evaporación de sus aguas sea excesiva.

A no ser por la resistencia de esas sales al calor y al aire, se elevaría una masa mayor de vapores que inundaría la tierra en vez de fertilizarla, y la convertiría en un verdadero pantano. Si el agua del mar no fuera salada el hombre perecería irremediamente.

Gracias a su extensión se evapora el agua suficiente para que la lluvia caiga sobre las campiñas y sea manantial de arroyos y ríos. De lo contrario serían más abundantes los desiertos y comarcas áridas.

La Sabiduría que lo hizo todo con peso, proporción y medida, repartió las aguas de tal suerte que la tierra pudiera ser cultivada, pues de no ser así o sería un pantano o un desierto; en cambio es lo bastante blanda para dejar al hombre la facultad de cultivarla, a las plantas la de introducir sus raíces en sus entrañas y al agua la facilidad de circular por ella.

El mar es quien posibilita las relaciones entre los pueblos más lejanos. Sin la navegación éstas no hubieran podido darse desde las épocas más remotas y gracias a él se conocieron todos los pueblos que habitan la tierra.

\*\*\*

La primera indigencia en que fue creada la tierra: « y aparezca lo árido o seco... Y al elemento árido dióle Dios el nombre de Tierra... », es un remedio para aquellos que sientan la tentación de verla como el origen de todos los bienes que la adornan y embellecen.

En este primer momento fue bien deforme porque era desnuda, seca estéril. Dios es quien la viste y la orna: «Produzca la tierra yerba verde».

El verde naciente guarda tal proporción con los ojos, que se ve claramente que la mano de Dios es la misma que ha dado color a la naturaleza y ha formado el ojo del hombre para ser su espectador.

¿El hubiera teñido de blanco o de rojo todas las campiñas, quién hubiera podido sufrir su brillo o su dureza? ¿Y si las hubiera oscurecido con ambientes más sombríos, quién hubiera disfrutado con un medio tan triste y tan lúgubre?

Un grato verdor guarda un término medio entre estos extremos, tiene tal relación con la estructura del ojo, que lo recrea en vez de fatigarlo; y lo sostiene y alimenta en vez de agotarlo. Lo más admirable es que gracias a su riqueza de matices no existe una planta cuyo verde sea exactamente tan claro o tan oscuro como el de la planta inmediata.

\*\*\*

Al crear la yerba Dios dijo: «Produzca la tierra yerba verde y que haga simiente».

Aparece en el tercer día de la creación el prodigio de la vida que comunica a los seres una como que inmortalidad, al darles la oportunidad de perpetuarse. Y para el caso de los vegetales, su vida es la garantía para la subsistencia de las demás especies que vendrán después.

Y con cuánta variedad y abundancia, sobre todo en la medida en que son más necesarias para alimento o remedio.

Las plantas perfuman la atmósfera y comunican el suave aroma del aire puro.

También admiran por su prodigiosa fecundidad gracias a la cual no falta el sustento para las demás especies y se evita su propia extinción.

El Divino Salvador exhorta a la confianza convidando a mirar los lirios del campo. ¿Cómo brotan?

«¿Y del vestido por qué os angustiáis? Aprended de los lirios del campo como crecen: no trabajan ni hilan. Y yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos» (Mt. VI, 28, 29).

En todas las plantas se distinguen cuatro partes: raíz, tallo, hojas y semillas o fruto.

Cae la semilla en la tierra, Dios vela sobre ella. Empieza por cubrirla con una capa de tierra suficiente para no ahogarla; poniéndola al abrigo del frío que podría helarla o del calor que podría quemarla; del viento que podría arrebatarla o de las aves que pudieran comerla.

Llama al calor y a la humedad que hacen hinchar a la semilla, revienta su envoltorio y salen dos pequeños gérmenes, uno que sube y otro que baja, son el tallo y la raíz.

La raíz fija la planta; la alimenta al tomar exclusivamente las sustancias que le son convenientes y excluye las que le son nocivas; si las primeras se encuentran a cierta distancia se alarga, envía a derecha e izquierda delgados filamentos y pasa por encima de todos los obstáculos para obtenerlos.

Al pasar por la raíz los jugos se preparan y purifican. Entre la raíz y el tallo se encuentra depositado un fermento que mezclándose con los jugos les comunica las cualidades propias de la planta, y de esto procede la diversidad de gustos en los frutos.

En la medida en que la raíz penetra en la tierra el tallo se eleva hacia el cielo. Está agujereado por un infinidad de tenues canales por los cuales circulan los jugos nutricios. Se anuda, y estos nudos le dan firmeza y purifican cada vez más los jugos que traen las raíces, transformándose en pequeños alambiques, situados unos sobre otros, dándole paso a lo más fino y exquisito.

Pero en la medida en que el tronco demanda más alimento y las raíces



corren peligro de agotarse vienen las hojas en auxilio de la planta.

Las hojas son una delgada piel que se desarrolla insensiblemente.

El lado de la hoja que mira hacia el sol es liso y brillante, para que se caliente más fácilmente con sus rayos y como un pequeño reverbero comunica al tallo un calor que lo conserva, lo dilata, activa la circulación de los jugos y los purifica.

El lado de la hoja que mira a la tierra es escabroso y cubierto de delgados pelos agujereados por el centro para aspirar el aire que los rodea, así como los vapores que se elevan de la tierra. Y por ellos el tallo vuelve a arrojar, como en una transpiración, los jugos superabundantes o agotados.

Estos nuevos químicos tan hábiles como la raíz, no admiten más que las partes de aire y de vapores que convienen.

La raíz, el tallo y la hoja concurren al mismo fin que es la formación de la semilla o del fruto.

Cuando el tallo ha llegado a tener la altura y la fuerza convenientes se forma en su parte superior un pequeño botón. Lo cubren tres o cuatro capas bien unidas y apretadas para protegerlo contra el frío, el calor, los insectos, los vientos y la lluvia.

El primero es más duro y ofrece más resistencia, el segundo excede en finura y belleza a la muselina y a la seda, el tercero está en contacto con la semilla y es suave y fino sin comparación.

A medida que aumenta de volumen el precioso germen se ensanchan los envoltorios, y se abren procesivamente hasta cuando esté lo bastante fuerte. Una vez esto ocurre, las finas capas y las tiernas pelusas se van separando como se le quitan a un niño los pañales que lo envuelven.

El nuevo nacimiento estará acompañado de una alegría y una magnificencia como cuando llega al mundo el hijo de un rey, a quien se le recibe en una dorada cuna y se le destinan aposentos ricamente decorados.

A la semilla le sirven de pañales y de cuna hojas de una suavidad, de una finura y de una blandura inimitables, pintadas con los colores más bellos, más variados y más gratos; exhálase en torno suyo un agradable perfume, y nace y crece en esta morada más rica que los palacios de los reyes.

«Y yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos» (Mt. VI, 29). Ni estuvo tan regiamente hospedado.

Cuando estas nuevas semillas están bastante formadas para llegar a

ser madres de nuevas plantas, el tallo que las sostiene se inclina. La semilla cae a tierra y retoma su poético ciclo.

Si la planta debe propagarse a lo lejos, Dios da plumas a la semilla, y cuando está dispuesta a partir, manda a los vientos que vayan a tomarla sobre sus alas y los vientos obedecen. Da origen a nuevas generaciones, forma numerosas colonias, y como un misionero nos cuenta la omnipotencia y la sabiduría del Creador.

¿Qué se debe pensar, pues, del inmenso océano de bellezas que hay en Dios, puestas con tanta profusión sobre una yerba que solamente debe durar algunas horas? ¿Qué del cuidado que prodiga a las almas, sus inmortales imágenes?

«Y si a la hierba del campo que hoy existe y mañana es arrojada al horno, así la viste Dios, ¿cuánto más a vosotros desconfiados?» (Mt. VI, 30).

\*\*\*

Dios Dijo: «Produzca la tierra plantas fructíferas que den fruto conforme a su especie, y contengan en sí mismas su simiente sobre la tierra. Y así se hizo» (Genes. I, 11).

La tierra, de prado se convierte en vergel poblado de innumerables árboles, cargados con frutos de mil especies que deberían sucederse unos a los otros según las épocas del año.

Hay árboles que dan cosecha en una sola época, otros en dos y algunos durante todo el año como es el caso del naranjo que tiene al mismo tiempo flores nacientes, frutos verdes y maduros. Hay en esto un despliegue de la soberana libertad del Creador y de su desembarazada generosidad.

Las ramas inclinadas hasta el suelo bajo el peso de excelentes frutos, cuyo color y aroma anuncian su sabor, nos hablan de la magnificencia y bondad de Dios y piden que siendo ellos ministros de delicias, lo seamos de su reconocimiento, pues somos las únicas creaturas capaces de expresarle al Altísimo estos nobles sentimientos.

Un venerable solitario al ver las yerbas, las flores y los arbustos que encontraba a su paso, tocándolos suavemente con su bastón, decía: «Callad, callad, ya lo entiendo, me echáis en cara mi ingratitud. Callad, callad, yo amo y bendigo ahora al que os creó para mí».

Famoso es también un dístico franciscano:

«Le pedí al hermano olmo que me hablará de Dios  
y el hermano olmo floreció»

La relación de los árboles con los climas y estaciones es decididamente providencial. Los frutos ácidos son más comunes en los países cálidos por ser allí más necesarios, como los limones, por ejemplo; y los frutos de un sabor más dulce y variado son más abundantes donde el calor es más templado, como las manzanas, las peras, etc. ¿Por qué donde hay estaciones se ofrecen en los calores del estío o del otoño? Porque en esas épocas la sangre del hombre enardecida por el sol o el trabajo necesita refrescos.

Hasta el más pobre de los hombres a ellos tiene fácil acceso proporcionándose un manjar que nada tiene que envidiar a los que consumen los más pudientes.

La altura de los árboles frutales no es desmesurada, en cambio los maderables generalmente son bastante elevados, pues no es necesario que sus ramas estén constantemente al acceso del hombre.

Los que no producen frutos para consumo humano prestan sin embargo su utilidad como ornamento, alimento para aves e insectos que nos son útiles, usos medicinales, colorantes, e indefectiblemente cumplirán con la misión de fijar los suelos y preservar las aguas.

La madera que nos aportan hace posible la construcción de las viviendas, las naves, el artesonado, las tallas, los muebles, y sirve de combustible para alimentar el fuego sin el cual no podríamos preparar los alimentos, fabricar muchas cosas necesarias y conservar la salud.

Los árboles que están llenos de resina y de pez se reservan para las frías montañas, como son los pinos y los abetos; el humor cálido y viscoso que les sirve de savia los defiende del rigor el frío, y conservando constantemente su verdor, son un signo de la inmortalidad. Igualmente los que se despojan de sus hojas durante el invierno para reverdecer en la primavera, son una imagen de la resurrección.

Las hojas del enebro, el acebo y el roble verde son conservadas durante el invierno para alimento del conejo, el ciervo, el corzo y otros animales de los cuales hará uso el hombre.

Los bosques son los jardines del Creador, cubren regiones enteras y sus producciones son enormes y prolíficas. El solo los plantó, los conserva y les da firmeza por medio de robustos lazos. Saca de sus tesoros rocíos y

lluvias suficientes para darles todos los años un nuevo verdor y mantener en ellos una especie de inmortalidad.

Purifican el aire, proporcionan fresca sombra, embellecen la naturaleza administrándole una grata variedad, dan albergue y mantienen a una multitud de animales útiles a nuestra existencia, pues Dios ha preparado a la mayoría de ellos un retiro seguro en los bosques, donde los provee abundantemente de todo. Da a unos la fuerza, a otros la astucia; a éste la ligereza, a aquel el furor, para sacar al hombre de su indolencia privándole de la seguridad.

\*\*\*

Pero en su seno la tierra guarda también riquezas numerosas y variadas.

Se necesitarían volúmenes para enumerarlas, allí se suceden el diamante, las piedras preciosas, los mármoles, las piedras de construcción y los metales.

Examinemos algunos de estos últimos.

El oro es el rey de los metales y por un mérito real. Tiene sin contradicción el más hermoso color, el que más se acerca a la vivacidad del fuego, es el más dúctil y el que más fácil se deja moldear, no mancha y embellece todo lo que toca.

Por encima de las anteriores cualidades tiene las de no poder ser destruido por el orín como todos los demás y no disminuir de peso al pasar por el fuego.

No es de extrañar que sea la materia prima de los vasos sagrados, las joyas y las condecoraciones más nobles.

Su escasez hace que la gente se contente con recibir mínimas cantidades de él a cambio de voluminosas mercancías.

Es el ornamento de templos, palacios y magníficos tejidos.

En contraposición al oro, el hierro es el metal más vil, el más basto, el más lleno de ligas, el más lúgubre por su color, el más expuesto a afearse con el orín.

Pero es el más útil, porque es el más tenaz. Si se le tiempla, al sumergirlo caliente en agua fría adquiere un aumento de dureza que presta servicios seguros y permanentes, merced a ella es el defensor de las moradas y de los tesoros. Une inseparablemente las maderas y las piedras, las murallas y los portones.

Suministra a la navegación, la relojería, y a todas las artes los instrumentos que necesitan para derribar, fortalecer, abrir, cortar, limar, embellecer, producir, en una palabra, todas las comodidades necesarias.

En vano poseeríamos el oro, la plata y los demás metales, si nos faltara el hierro para elaborarlos, pues ceden unos contra otros, y únicamente el hierro los maneja imperiosamente y los sujeta sin debilitarse. Por eso el Dios creador representó en la sucesión de los siglos, bajo la figura de un animal armado de dientes de hierro, al imperio romano que debía derrocar y pulverizar todos los demás imperios.

Los demás metales son de una extrema comodidad, solamente el hierro es de una exacta necesidad. Por eso, a diferencia del oro, es más abundante en la naturaleza.

\*\*\*

«El tercer día la tierra produjo, y en la tercera edad, o sea, en la adolescencia, el hombre es capaz de engendrar. Y en la tercera edad, que dura desde Abraham hasta David, comenzó a florecer la sinagoga en Abraham, por la circuncisión hecha en su carne» (San Buenaventura, «Colaciones sobre el Hexamerón», p. 457).

«Con lo que produjo la tierra yerba verde, y que da simiente según su especie, y árboles que dan fruto, de los cuales cada uno tiene su propia semilla según la especie suya. Y vio Dios que la cosa era buena. Y de la tarde y mañana resultó el día tercero» (Genes. I, 12, 13).



# Resultó el día cuarto

---

«Dijo después Dios: Haya lumbreras o cuerpos luminosos en el firmamento del cielo, que distingan el día y la noche, y señalen los tiempos o las estaciones, los días y los años.

«A fin de que brillen en el firmamento del cielo, y alumbren la tierra. Y fue hecho así. Hizo, pues, Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor, para que presidiese el día; y la lumbrera menor, para presidir la noche: e hizo las estrellas. Y colócalas en el firmamento o extensión del cielo, para que resplandeciesen sobre la tierra, y presidiesen el día y la noche, y separasen la luz de las tinieblas. Y vio Dios que la cosa era buena. Con lo que de tarde y mañana resultó el día cuarto» (Genes. I, 14, 18).

Existía ya la luz, estaba arreglada la sucesión de los días y de las noches; la tierra era fértil, y estaba formado todo lo que debía producir.

Quiso Dios que la familia de Adán y después la de Noé, por la historia misma de la creación, no mirasen el sol más que como un recién venido al mundo, menos antiguo que la luz, más joven que una flor, y menos necesario de lo que los idólatras que sobrevendrían piensan.

Dios lo puso en el firmamento para ventaja de la tierra, midiendo la distancia del uno según las necesidades de la otra, y poniendo tal proporción entre el calor del sol y las cosas que debe hacer o conservar, que siempre les es saludable.

Se trata de iluminar y calentar un globo de 45.000 Kms. de circunferencia con un solo foco, de tal suerte que sus rayos estén lo suficientemente esparcidos para iluminarla sin deslumbrarla y calentarla sin abrasarla. Infalible en todas sus operaciones «Dios dijo» y el sol se colocó a 190.000.000 de Kms. de la tierra. Y siete mil años de experiencia demuestran la infinita exactitud de su cálculo.

El foco no podría ser estático, pues dejaría sin iluminar una parte de la tierra, no lo olvidó el Divino Ordenador y dijo al sol que apareciese todos los días e iluminase sucesivamente durante 24 horas todos los puntos de la tierra.

Lo hace además con pompa y profusión de luz. En su aparición rebosa de suavidad, todo aplaude su llegada, todas las miradas se dirigen a él y para recibir los saludos, se hace accesible a todos los ojos.

Recorriendo 40.000.000 de Kms. por hora, lanza más rayos a medida que asciende y vivifica cuanto alumbra; nada escapa a su calor y alcanza con sus llamas penetrantes hasta los parajes donde no pueden llegar sus rayos.

Imagen natural y perfecta del que vino a iluminar el universo, se desempeña con majestad y magnanimidad.

Todos los días se oculta y sale por diferentes puntos sin que exista un lugar de la tierra que escape a su benéfica influencia. Dios ha tenido el cuidado de reunir en este hermoso astro todos los rasgos propios de su divinidad.

El sol es único como Dios, todos los demás astros quedan oscurecidos y desaparecen en su presencia, lo ve todo, obra por todas partes, lo ánima todo, y es siempre el mismo.

\*\*\*

Dios hizo también la luna y los millares de estrellas que forman su cortejo. Es la reina de la noche y arranca de la oscuridad los objetos más cercanos al hombre, bañándolos con sus suaves iluminaciones.

Es bella por excelencia. Las Sagradas Escrituras dicen de la Virgen: «Bella como la luna».

A sus cambios de figura agrega la variedad de sus desplazamientos, pues aparece y desaparece cada día en lugares diferentes, todos los días retarda de occidente a oriente el punto y el momento de su salida.

Hoy se cubre con un manto ceniciento orlado con una sencilla franja dorada, otro día se adorna con un vestido de púrpura y asciende al horizonte con una estatura mucho mayor que de ordinario, disminuye enseguida y se blanquea al remontarse.

Brilla más y presta mayor servicio a medida que el día desaparece y bien se muestre parcial o totalmente, esparce por doquier nuevos adornos a la naturaleza.

Vale la pena observarla en sus amables caprichos: sale repentinamente de entre las nubes, sorprende con la amabilidad de su rostro y vuelve a cubrirse con un velo dáfano como dejándose buscar. Lanza sus rayos a



través de algunos espesos ramajes o se adorna con una corona de diferentes colores que le prestan las nubes.

Cuando el sol aparece en el horizonte, ella le cede su imperio hasta cuando vuelva a desaparecer. Ha sido colocada con relación a la tierra en un punto tan cercano que nos da más luz que todas las estrellas juntas, a pesar de ser un cuerpo sólido y oscuro. Así Dios aleja las estrellas para que su brillo mengue y gocemos del beneficio de la noche, pero nos aproxima la luna que sirve de espejo para reflejar discretamente la luz del sol sin perturbarnos en el descanso y en el recogimiento.

\*\*\*

Con una sola palabra Dios creó las estrellas: «mira el cielo, y cuenta, si puedes, las estrellas» (Genes. XV,S), le dijo a Abraham. Y Abraham levantó los ojos, y se contentó con admirar, porque no pudo contarlas, y ningún hombre lo podrá jamás, pues son innumerables.

Ellas son una verdadera imagen del mundo angélico más abundante y más luminoso que el mundo material.

Millares de soles y mundos giran por el espacio y el Creador los sostiene en medio de un aire sutil sin necesidad de apoyos ni columnas.

Todos viven en continuo movimiento recorriendo en su trayectoria espacios inmensos, una fuerza los aleja de su centro y otra igual los retiene en su órbita. Y los astrónomos pueden medir con millares de años de anticipación su posición y su curso.

Esos innumerables cuerpos luminosos son para el hombre arañas suspendidas del rico artesonado que cubre su morada.

Las ve brillar y centellear en todas partes, y el sombrío azul que les sirve de fondo las realza aún más. Pero su luz es suave, sus rayos se dispersan en espacios tan vastos, que están amortiguados y sin calor cuando llegan a la casa del hombre. Se disfruta así de la vista de globos de fuego sin peligro para la frescura de la noche ni para la tranquilidad del sueño.

Entre ellas hay algunas que están siempre suspendidas en el mismo punto del cielo, sin apartarse jamás, y una es la estrella polar. Otras describen grandes círculos y se elevan por grados sobre el horizonte hasta desaparecer.

Las primeras guían al navegante y al viajero para que no se extravíen. Cuando las nubes y los fenómenos atmosféricos las ocultan a la vista, el

hierro tocado por la piedra imán, que está relacionado con ellas, indicará la dirección del polo. Este es el origen de la brújula que le dice al viajero dónde están las guías que no ve.

Las demás estrellas fijan con su trayectoria el orden de las tareas y determinan la vuelta y el fin de las estaciones por puntos precisos.

El hombre encuentra todas las instrucciones necesarias viendo situarse el sol bajo una serie de diversas estrellas que recorre uniformemente de año en año, por las doce constelaciones que conforman el zodiaco.

El sol y la luna fueron creados para separar el día y la noche, para marcar las épocas, las estaciones y los años. Estos admirables relojes jamás han fallado un instante.

\*\*\*

La noche recuerda esa nada de la cual todo ha salido, quita la vista y el uso de la naturaleza, vuelve todo como que al estado de tinieblas e imperfección que precedió a la creación de la luz, da a conocer el valor inapreciable del día, pero al mismo tiempo proporciona el necesario descanso para disfrutarlo.

Los alimentos no podrían digerirse ni distribuirse con regularidad en todo el cuerpo si estuviera en continua acción, es preciso que interrumpa el trabajo de la cabeza, el de los brazos y el de los pies, esto se logra gracias al diario reposo.

La noche priva al hombre del espectáculo de la naturaleza para que descansen sus sentidos, y enseguida extiende un velo sobre sus ojos, cerrándole los párpados

Mientras el hombre descansa, vela con complacencia para asegurarle su tranquilidad. No solamente apaga todas las luces brillantes, sino que suspende también el ruido y todas las impresiones demasiado vivas, impone silencio a todo lo que le rodea y retiene al caballo, al buey y a todos los animales domésticos adormecidos en torno suyo. Dispersa las aves en sus albergues, silencia los vientos y durante algunas horas reina en la morada del hombre una calma universal.

La noche comunica al aire una frescura que le proporciona un renuevo para obrar con más actividad en todos los cuerpos, dándoles un nuevo vigor, tanto a la tierra desecada, como al verdor agostado y a los animales debilitados.

Trae también el rocío con sus gotas puras y brillantes que conservan las flores, los trigales y las plantas.

La noche abre además el telón para que los astrónomos hagan sus cálculos.

Dios ha puesto a los hombres en seguridad, y en libertad a las fieras, dando límites al día y haciendo que le sucediera la noche. El horror natural que tienen los hombres a las tinieblas les obliga a volver a sus casas durante la noche, y el temor natural que tienen las fieras a la luz las retiene en sus cuevas durante el día. Cuando el hombre llega a su casa, salen ellas de sus guaridas, y solo tienen permiso de buscar su presa cuando la mano del Señor ha puesto al hombre en seguridad.

\*\*\*

El último encargo que tienen el sol y la luna es señalar las estaciones.

El sol, que durante el invierno había alejado su calor, lo trae a la primavera, pero con tal medida, que las plantas tienen tiempo de brotar y crecer insensiblemente, sin que las destruyan las tardías heladas ni las adelantadas demasiado los calores precoces. El verano se disminuye igualmente por grados, de modo que los frutos de otoño tienen tiempo de madurar poco a poco sin que los perjudique el frío del invierno.

En la primavera la naturaleza despierta del sueño invernal, recobra nueva vida, las aves regresan de sus largos viajes y cantan de nuevo. Reverdecen los prados y en medio de un fino y tierno verdor se ven asomar las primeras flores, colmando el olfato de olores agradables y a la vista de maravillosos colores. Los árboles despliegan sus ramas y le preparan al hombre una sombra protectora contra los rayos del sol.

La primavera, imagen de la juventud y de la resurrección general, abre el corazón al desprendimiento y a la esperanza.

El sol continúa su marcha y llega el verano. Aparecen los gustosos frutos, las mieses doradas, nubes de pájaros jóvenes alegran los trabajos del hombre en la campiña. Es la estación de la prodigalidad y la abundancia. La época de cosechar.

El sol ha proporcionado a la tierra el calor que necesitaba y es indispensable que lo vaya disminuyendo para completar con un calor templado la madurez de los frutos. Aparece el otoño.

La actividad reina aún en los trabajos. Llenánse las bodegas, circulan

con más actividad y abundancia las mercancías y el hombre hace en todas partes sus provisiones. Es también época de siembra.

Sin embargo las aves emigran, las hojas caen, el cielo se oscurece, los días se acortan.

Llega entonces para la tierra y para el hombre el descanso del invierno.

La primavera prepara, el verano madura, el otoño prodiga las producciones para la subsistencia y el invierno restaura las fuerzas de la naturaleza.

Dios dice al sol que se aleje como la madre cuidadosa apaga la luz que podría impedir que su hijo durmiese, aun hace más, cubre la tierra con un espeso manto de nieve para conservarla caliente.

Aparentemente fría, la nieve es un excelente vellón que conserva la tierra al abrigo de los vientos helados y que mantiene el calor necesario para la conservación de las semillas, de las plantas y de los árboles. Es un precioso abono y cuando la ablanda el sol, se derrite poco a poco, penetra profundamente en la tierra, y vivifica las raíces y los tallos de las plantas.

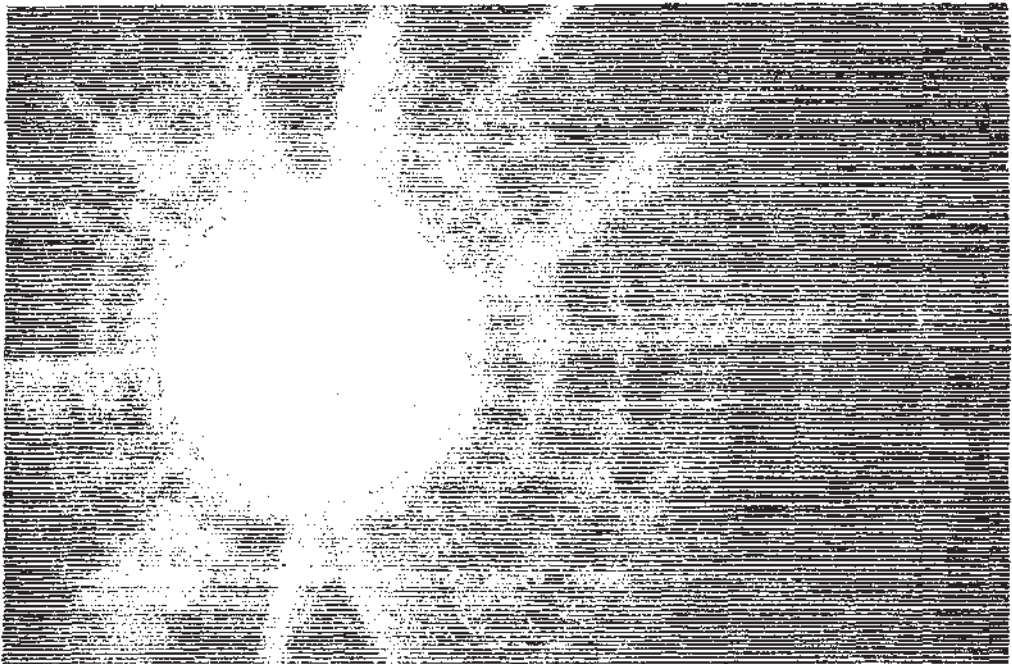
\*\*\*

«El cuarto día fueron hechas las lumbreras del cielo, y fue adornado el cielo; y responde a la edad de la juventud, porque esta edad es apta para la sabiduría. Y en la cuarta edad o tiempo, que dura desde David hasta la transmigración de Babilonia, estuvieron en vigor y florecieron el reino y el sacerdocio, como dos lumbreras, y las estrellas fueron los Profetas» (San Buenaventura, «Colaciones sobre el Hexamerón», p. 459).

«Con lo que de tarde y mañana, resultó el día cuarto»(Genes. I,19)

«Hizo, pues, Dios en el cuarto día el sol, la luna y las estrellas, porque Dios dio al alma que tuviera la consideración de sí misma, de la Iglesia militante y de la monarquía celeste. En el Cantar de los Cantares está escrito: ¿Quién es ésta que va subiendo cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol, terrible como un ejército formado en batalla? Aurora es el alma, cuando se levanta a la consideración de sí misma; luna, cuando se levanta a la consideración de la Iglesia militante; sol, cuando es absorbida en Dios; y por todo ello es terrible como un ejército formado en batalla.

«Del contemplativo se dice en alabanza de Simeón, hijo de Onías, en el Eclesiástico: Como el lucero de la mañana entre tinieblas, y como resplandece la luna en tiempo de su plenitud, y como el sol refulgente, así brilla él en el templo de Dios. Como el arco iris que resplandece en las transparentes nubes. -Estrella en la consideración del propio ornato, mas entre tinieblas a causa de la humildad, la cual es necesaria al varón contemplativo; no sea como lucifer, sino que más bien diga: Y pues que tú, ¡oh Señor!, das luz a mi antorcha, esclarece, Dios mío, mis tinieblas. -Como la luna por la consideración de la Iglesia militante, considerando su principio, medio y fin. Por eso no se tiene iluminación sino cuando la Iglesia es considerada según sus tiempos; Raquel aún concebirá y parirá, y Benjamín nacerá. -Como el sol resplandeció, esto es, cuando es elevada a la contemplación de Dios. -Y es como la luna llena, cuando recibe estos resplandores bellísimos y clarísimos de aquella clarísima luz; y entonces tal alma es como el arco iris, pues es reconciliadora de Dios y del hombre, como Moisés llevaba de Dios al pueblo las luces (SAN BUENAVENTURA, Colaciones sobre el hexamerón, Col. XX, p. 577, Biblioteca de Autores Católicos, in Obras de San Buenaventura, T.III, Madrid, 1947).»



# Resultó el día quinto

---

«Dijo también Dios: Produzcan las aguas reptiles animados que vivan en el agua, y aves que vuelen sobre la tierra, debajo del firmamento del cielo. Creó, pues, Dios los grandes peces, y todos los animales que viven y se mueven, producidos por las aguas según sus especies, y asimismo todo volátil según su género. Y vio Dios que lo hecho era bueno. Y bendíjolos diciendo: Creced y multiplicaos y enchid las aguas del mar: y multiplíquense las aves sobre la tierra. Con lo que de tarde y mañana resultó el día quinto» (Genes. I,20,23).

Al mar dirige nuevamente Dios su voz y enseguida se llena de una multitud de creaturas que no están como las plantas y las yerbas adheridas por su raíz, sino que tienen movimiento y vida propia.

A primera vista las aguas del mar llenas de amargura y de sal parecerían estériles, pero Dios las hace prolíficas y sus creaturas son tan abundantes que las unas satisfacen la voracidad de las otras sin peligro de extinguirse.

Los pequeños y los débiles son más ágiles en la carrera que los grandes, tienen acceso a sitios donde la escasez del agua impide la llegada de estos, y gozan de una previsión proporcionada a su indefensión y sus peligros.

Pero para los grandes no faltarán en altamar bancos de mariscos que les garanticen el alimento.

¿Cómo respiran y cómo no mueren de frío? Las branquias son un aparato respiratorio maravilloso que filtra el oxígeno del agua y garantiza la respiración de sus habitantes.

Recubiertos de una membrana viscosa, escamas y una grasa oleosa nada tienen que temer del frío de las aguas, ni de quedar heridos al rozar otros cuerpos. Imposible haberles dado una técnica más ligera y más impenetrable.

Las ballenas habitan en las regiones polares y son el gran recurso de los habitantes de aquellas tristes comarcas, los cuales comen su carne, se alumbran con su aceite durante largas noches, y emplean sus huesos y su

piel para construir y cubrir las grandes barcas en que hacen sus pescas.

Todas las especies se acercan a las costas, unas durante todo el año, otras por temporadas. Estas generalmente vienen de los mares habitados por las ballenas durante el verano y el otoño, para alimentarse de insectos en las regiones cálidas, en invierno regresan al polo donde dan origen a nuevas generaciones de emigrantes.

Los salmones, el esturión, los sábalos y algunos otros, se remontan por la desembocadura de los ríos y le dan noticia a los que habitan en las regiones continentales de las excelencias del mar.

\*\*\*

Las aves son hijas del mar como los peces, pero corresponden a una especie enteramente diferente.

El cuerpo del pescado, cubierto de aceite y de escamas, plano y muy flexible hacia la cola y guarnacido de varias aletas, reúne todas las condiciones para hendir con gracia y facilidad el líquido elemento en el cual debe vivir.

No es menos admirable la estructura de las aves.

La vista de su cuerpo demuestra que existe una perfecta proporción entre ellas y el elemento más sutil que se les ha destinado por morada.

A los peces se dirigió San Antonio de Padua de esta manera:

«Oid la palabra de Dios, peces del mar y peces del río, ya que los infieles herejes no quieren oír...»

«(...) Y tenían todos la cabeza fuera del agua mirando a San Antonio con grandísima paz, orden y mansedumbre...»

«—Peces, hermanitos míos, estáis muy obligados a dar gracias a nuestro Creador por haberos dado tan noble elemento para morada vuestra. Según os agrade, tenéis agua dulce o salada; podéis guareceros en muchos lugares contra los rigores de la tempestad y un elemento claro y transparente para que podáis vivir. Dios, vuestro Creador, amable y benigno, cuando os crió os dio el mandato de que creciérais y os multiplicárais, y os dio también su santa bendición. Después, cuando sobrevino el diluvio universal, todos los animales murieron, mientras a vosotros os preservó Dios de todo daño. El Señor os dio aletas para nadar como os plazca. A vosotros fue concedido, por mandamiento de Dios, guardar a Jonás profeta, y después de tres días echarlo a tierra sano y salvo; vosotros pagasteis el censo



de Nuestro Señor Jesucristo, que El, como pobre, no tenía con que pagar, y vosotros disteis de comer al eterno rey Jesucristo, antes y después de la resurrección, por singular misterio. Por todo ello estáis muy obligados a alabar y bendecir a Dios, que os ha hecho tantos y tales beneficios, más que a ninguna otra creatura.

«Al oír estas y otras palabras y consejos de San Antonio, comenzaron los peces a abrir la boca y a inclinar las cabezas, y con estas y otras señales de reverencia, según su capacidad alababan a Dios. Entonces San Antonio, viendo tanta reverencia en los peces hacia su Creador, alegrándose en espíritu, en alta voz dijo:

«—Bendito sea el eterno Dios, porque ha sido más honrado por los peces que por los hombres herejes, y mejor escuchan su palabra los animales irracionales que los hombres infieles» («Las Florecillas de San Francisco», versión española Federico Muelas, Salvat Editores S.A., Estella-Navarra, 1971, p. 88).

Por su parte, San Francisco de Asis predicó a los pájaros:

«Entonces pensó fundar la Orden Tercera para universal salud de todos. Y dejándolos muy consolados y bien dispuestos a la penitencia, partió de allí, yendo de Carmano a Bravagna. Caminaba con gran fervor cuando al levantar los ojos vio cómo en las ramas de los árboles del camino se posaban gran número de avencillas.

Maravillóse mucho de esto San Francisco y dijo a su compañero:

«— Espérame en el camino, porque voy a predicar a las avencillas.

«Se metió en el campo y comenzó a predicar a las avencillas que había en el suelo. Inmediatamente las que estaban entre el ramaje vinieron hacia él y rodeándole permanecieron quietecitas mientras San Francisco les predicaba. Terminado que hubo el sermón, tampoco se fueron hasta que San Francisco las bendijo. Y, según refirió después fray Maseo a fray Jacobo de Massa, yendo San Francisco entre ellas tocándolas con su manto, ninguna se movía. El contenido de la predicación fue como sigue:

«—Pájaros, hermanitos míos; vosotros estáis muy obligados a Dios, vuestro Creador, y siempre y en todo debéis alabarle porque os ha dado vestido doblado y triplicado y libertad para ir a todas partes; también guardó vuestro linaje en el arca de Noé, a fin de que vuestra especie no pereciese en el mundo. Igualmente le estáis obligados por el elemento aire que os

ha señalado; además ni sembráis ni cegáis y Dios os alimenta dándoos ríos y fuentes para vuestra bebida, montes y valles para vuestro refugio y árboles elevados para hacer vuestros nidos, y como bien conoce no sabéis hilar ni coser, os viste a vosotros y a vuestros hijos. Mucho os ama el Creador que tantos beneficios os hace. Por eso guardaos, avecillas mías, de caer en el pecado de la ingratitud y alabad siempre a Dios.

«Habiendo hablado San Francisco de esta suerte, las avecillas que le rodeaban comenzaron a abrir los picos, a bajar los cuellos, a extender las alas y a inclinar reverentemente las cabezas hacia la tierra. Con sus acciones y trinos daban a entender cuánto les placían las palabras del santo. Asimismo San Francisco se alegraba y regocijaba, maravillándose de tanta multitud de pajaritos, de su bellísima variedad y de la atención y familiaridad que le habían prestado, por lo cual alababa devotamente al divino Creador. Finalmente, concluido que hubo su predicación, San Francisco hizo la señal de la cruz y dio licencia a las avecillas para que se fuesen, lo que ellas hicieron remontando el vuelo entre deliciosos trinos.

«Según la cruz que había hecho San Francisco, dividiéronse en cuatro bandadas: una partió hacia levante, otra hacia poniente, la tercera hacia el mediodía y la cuarta hacia el septentrión, todas cantando maravillosamente, con lo que significaban proceder como San Francisco les había predicado desperdigándose por las cuatro partes del mundo. Así también la predicación de la Cruz de Cristo, renovada por San Francisco, la extenderían él y sus frailes por toda la tierra. Y a semejanza de las avecillas, sin poseer nada propio en el mundo, confiarían su vida a la Divina Providencia» (Ibidem, p. 48-49).

Además de lo ponderado por **El poverello de Assisi** vale la pena detenernos en otras particularidades acerca de las aves.

El cuerpo de un ave no es extremadamente sólido, ni igualmente grueso en todas sus partes, sino perfectamente dispuesto para el vuelo, y es delgado por delante, siendo de este modo más propio para hender el aire.

Sus alas, convexas por la parte superior y huecas por debajo, son dos remos perfectamente cortados para el elemento que deben cruzar, y forman al mismo tiempo a cada lado dos palancas que sostienen el cuerpo en equilibrio.

La cola sirve para contrabalancear la cabeza y el cuello, y de timón al ave, mientras rema con sus alas. Este timón no es útil solo para conservar el

equilibrio del vuelo, sino para levantar, bajar e inclinar a donde quiera el ave, porque la cola se inclina hacia un lado cuando la cabeza se dirige al opuesto. Los huesos de las aves, aunque bastante sólidos para sostener el conjunto de sus miembros, son no obstante huecos y tan delgados que casi no añaden peso alguno a las carnes. Todas las plumas están hechas y colocadas con arte, tanto para protegerlas como para aclimatarlas.

Los pies están contruidos de modo que cuando se les aprieta por el medio, los dedos se cierran naturalmente bajo el cuerpo que los presiona, de lo cual resulta que entre más movilidad tenga ese cuerpo con más fuerza lo agarran. O sea que durante los ventarrones de la tempestad están más aseguradas que nunca a las ramas donde se han posado.

Para que las aves puedan hacer largos viajes, donde no siempre encuentran hosterías y provisiones, y pasar prolongadas noches de invierno sin comer, Dios les ha colocado bajo las fauces un receptáculo llamado buche, donde el ave deposita en reserva su alimento. El licor en que nadan las substancias depositadas en este buche ayuda a hacer la digestión, y el estómago o molleja, donde entra poco a poco el alimento, hace lo restante, casi siempre con el auxilio de piedrecitas que el ave ha tragado.

Para protegerse del aire y del frío las plumas están cubiertas por la parte del cuerpo con un plumón blando y caliente, y por la parte del aire por una doble fila de barbas más largas de un lado que del otro. Laminitas delgadas y planas, extendidas y espesas, con una alineación tan exacta como si se hubieran cortado sus extremos con tijeras. Cada una de ellas es un tubo que sostiene dos nuevas filas de láminas de una finura que las hace casi imperceptibles, y tapa perfectamente todos los pequeños espacios por donde podría penetrar el aire.

Además de un pequeño receptáculo de aceite colocado en el extremo de cada pluma, todas las aves tienen otro mayor colocado en el extremo del cuerpo. Tiene varios orificios y cuando el ave lo necesita, introduce su pico en alguno de ellos, y con el líquido que extrae barniza sus plumas dejándolas absolutamente impermeables.

Las aves de corral que viven a cubierto están menos provistas que las que viven al aire libre y las cigüeñas, las ocas, las ánades y todas las aves acuáticas tienen por el contrario la pluma barnizada de aceite desde su nacimiento.

Cuando se aproxima la estación de las escarchas todas se vuelven a Dios para que les renueve sus trajes. En otoño comienzan a mudar de plumaje y cuando llega el invierno ya todas tienen cómo desafiar el rigor de la estación.

Todas están proporcionalmente provistas de instrumentos conforme al género de subsistencia que deben llevar.

El gorrión que cuenta con menos dificultades para proveerse de alimento por vivir cerca del hombre, posee un pico corto y patas pequeñas. Pero la garza tiene un cuello y un pico largo, pues busca su sustento en los pantanos. Y sus largas patas también le sirven para mantener impecable su plumaje.

\*\*\*

Los nidos son un espectáculo de la naturaleza puesto a nuestros ojos por la liberalidad del Creador. ¿Quién enseñó a las aves que debían construirlos? ¿Cómo para impedir que los huevos se cayesen y pudieran ser calentados? ¿O para que sus crías cupieran en él? ¿En la época precisa? ¿Con la figura adecuada? ¿Con la suficiente solidez? ¿Cubriendo el fondo con materias blandas y finas como la pelusa y el algodón? O cuando faltan estas materias, arrancando de sus pechos el tierno plumón?

Llega la primavera y todos se ocupan de ellos como albañiles, carpinteros y tejedores. Unos llevan largas pajas al agujero de una pared vieja, otros construyen edificios en las ventanas de una iglesia, estos arrebatan la crin a una yegua o el copo de lana que la oveja deja suspendida en la zarza, y cada cual escoge los materiales que le convienen.

Cada especie tiene su gusto y modo propio de alojarse y amueblarse.

La golondrina emplea la argamasa. No obstante no tiene cubo para sacar agua, carreta para cargar arena, pala para mezclarla, ni llana para aplicarla. Se pasea sobre el estanque con las alas levantadas, se moja el pecho, rocia después con sus gotas el polvo y lo amasa con el pico impregnándolo de su saliva, así edifica su sólida vivienda.

Frente a los huevos y sus crías cambian enteramente de hábitos, de disipadas se vuelven en consagradas y heroicas protectoras de su prole.

Entre las aves de corral la gallina da una lección prototípica en este sentido. Madre de familia ya no es la misma, antes era golosa e insaciable, pero ya no tiene nada suyo. Todo lo consigue para sus polluelos, se limita

frugalmente a sus comidas. Símbolo de la cobardía, salta a los ojos del perro más robusto y no vacila ante nada en defensa de sus polluelos.

«¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise recoger tus hijos como la gallina recoge a sus pollos bajo las alas y no quisiste!» (Matth. XXIII,37). Hasta Dios comparó su amor al pueblo escogido con el de una gallina a sus pollitos.

\*\*\*

Las aves cambian de país según las estaciones sin detenerlas ni espantarlas la distancia de los lugares, la inmensidad de los mares, ni la oscuridad de la noche.

Cada especie tiene su modo de viajar. Las ánades escogen como punto de partida generalmente una llanura aislada, las golondrinas el campanario de una solitaria aldea.

Las ánades se forman en *I* o en *V* invertida, la que va en la punta hiende el aire y facilita el paso a las demás, es relevada periódicamente y pasa a descansar a la cola para ser reemplazada en su servicio por la que le sigue.

Las golondrinas son más ligeras y forman una masa compacta que oscurece en ocasiones el aire. Muchas se detienen en Europa, y se ocultan en los cañaverales y en los pantanos para permanecer allí en estado de adormecimiento letárgico hasta la vuelta de la primavera. Al lustrarse bien las plumas con su aceite y acurrucarse con la cabeza hacia adentro se libran de la humedad. Tal acontece con la golondrina de río. La de chimenea o ventana emigra hacia los países cálidos.

Llegan entonces en grandes bandadas a las playas del Mediterráneo donde se congregan legiones innumerables en un punto culminante. Cuando el tiempo les es favorable se lanzan al mar y bajan a descansar en el velamen de los buques cuando hay vientos contrarios. Finalmente llegan a Senegal donde pasan el invierno y cambian de plumas.

A la vuelta de la primavera, cada cual se apresura a regresar a la ciudad, aldea, cabaña o vieja ventana donde dejó todo su afecto.

Para las que no emigran como el gorrión o el reyezuelo contarán en el invierno con algunos tibios rayos de sol, un copudo abeto o un techo de paja; los graneros estarán llenos de frutos; las bayas del agavanzo se ablandarán con el hielo, y no les faltará ni mesa ni albergue.

Las aves como todas las creaturas fueron destinadas al hombre. Su carne lo alimenta, sus plumas le son útiles y su canto le alegra.

Los pájaros que cantan sólo se hallan en los parajes habitados, pero cuando el hombre duerme, hacen silencio y solamente vuelven a interrumpirlo para saludarlo en la hora del despertar.

\*\*\*

«El quinto día fueron creados los peces; y responde a la ancianidad, cuando comienza ya a disminuir el calor; así en la quinta edad, o sea, desde la transmigración de Babilonia hasta Cristo, la sinagoga comenzó a desfallecer y a envejecer y a perder autoridad» (San Buenaventura, «Colaciones sobre el Hexamerón», p. 459).

«Con lo que de la tarde y mañana resultó el día quinto» (Genes. I, 23).

# Salmo 103

*Benedic, anima mea, Domino...*

## El Poema de la Creación

¡Bendice, alma mía, al Señor!  
¡Señor, Dios mío, muy grande eres!  
Vestido estás de majestad y hermosura.  
Cubierto de luz como de un manto.  
Desplegaste el cielo como cortina,  
sobre las aguas construiste tus estancias.  
Las nubes pones por carroza,  
caminas sobre las alas del viento.  
A los vientos haces tus mensajeros,  
y tus ministros al fuego ardiente.

Asentaste la tierra sobre sus basas:  
no se conmovió por todos los siglos.  
Del océano, como de un vestido, la cubriste,  
sobre los montes se pararon las aguas.  
A tu amenaza huyeron,  
a la voz de tu trueno temblaron.  
Surgieron los montes, descendieron los valles  
al lugar que Tu les señalaste.  
Pusísteles un lindero que no transpasen,  
porque otra vez no cubran la tierra.

Manda correr las fuentes en arroyos,  
que manan entre los montes,  
Abrevan a toda bestia del campo,  
matan su sed los asnos montaraces,  
Junto a ellos moran las aves del cielo,  
entre las ramas cantan.  
Riegas los montes desde tus estancias,  
con el fruto de tus obras se sacia la tierra.  
Produces heno para las bestias,  
y hierba para servicio del hombre.  
Satúranse los árboles del Señor,  
los cedros del Líbano que El plantó.  
Allí anidan las aves,  
a la cigüeña dan casa los abetos.  
Los montes altos a las cabras monteses,  
las peñas dan refugio a los conejos.

Hiciste la luna para señalar los tiempos;  
el sol conoció su ocaso.  
Cuando echas las tinieblas y sale la noche  
en ella vagan todas las bestias de la selva.  
Los cachorros del león rugen por la presa,  
y piden a Dios su comida.  
Cuando sale el sol se retiran  
y échanse en sus cubiles.  
Sale el hombre a su faena,  
y a su labor hasta la tarde.

¡Cuán numerosas son tus obras, Señor!  
todas las hiciste con sabiduría:  
llena está la tierra de tus criaturas.  
Ese mar grande y espacioso:  
en él reptiles sin número,  
animales pequeños y grandes.  
Por él se deslizan las naves,  
el Leviatán que hiciste para que en él retoce.

Todos ellos esperan de Tí  
que les des comida a su tiempo.  
Se la das, y la toman;  
abres tu mano, y hartánse de bienes.  
Si escondes tu rostro, se turban;  
si les quitas su aliento, fenecen  
y se vuelven a su polvo.  
Si envías tu espíritu, son creados,  
y renuevas la faz de la tierra.

La gloria del Señor sea para siempre,  
gócese Dios de sus obras.  
Mira El a la tierra, y tiembla;  
toca los montes, y levantan humareda.  
Cantaré al Señor mientras yo viva,  
entonaré himnos a mi Dios mientras yo exista.  
Séale agradable mi canto:  
yo me gozaré en el Señor.  
Desaparezcan de la tierra los pecadores,  
y no haya más ímpíos;  
¡bendice, alma mía, al Señor!





# Se formó el día sexto

---

«Dijo todavía Dios: Produzca la tierra animales vivientes en cada género, animales domésticos, reptiles y bestias silvestres de la tierra según sus especies. Y fue hecho así.

«Hizo, pues, Dios las bestias silvestres de la tierra según sus especies, y los animales domésticos, y todo reptil terrestre según su especie. Y vio Dios que lo hecho era bueno. Y por fin dijo: Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra: y domine a los peces del mar, y a las aves del cielo, y a las bestias, y a toda la tierra, y a todo reptil que se mueve sobre la tierra. Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó los creó varón y hembra. Y echóles Dios su bendición, y dijo: Creced y multiplicaos, y enchid toda la tierra, y enseñoreaos de ella, y dominad a los peces del mar, y a las aves del cielo, y a todos los animales que se mueven sobre la tierra. Y añadió Dios: Ved que os he dado todas las hierbas, las cuales producen simiente sobre la tierra, y todos los árboles, los cuales tienen en si mismos simiente de su especie, para que os sirvan de alimento a vosotros, y a todos los animales de la tierra, y a todos cuantos animales vivientes se mueven sobre la tierra, a fin de que tengan que comer. Y así se hizo. Y vio Dios todas las cosas que había hecho: y eran en gran manera buenas. Con lo que de la tarde y la mañana se formó el día sexto» (Genes. I, 24, 31).

Esta vez Dios se dirige a la tierra, como ayer al mar, para que de a la luz animales vivientes.

A esta sexta palabra salen de la nada tres nuevas especies de seres: los animales domésticos, los reptiles y los insectos, y las fieras.

Los animales domésticos están destinados a obedecer al hombre, a aliviarle en sus trabajos, a suplirle sus fuerzas, a vestirlo y alimentarlo.

La mayor parte de los animales domésticos comen poco y trabajan mucho, bastándoles un poco de yerba, aunque sea seca, o la más inferior de las semillas. Y en todas partes hay como alimentarlos.

Sus reiterados servicios hasta pasan inadvertidos por la consuetudinaria liberalidad que los caracteriza, pero gracias a ellos se han podido instaurar sociedades civilizadas. La significativa carencia de animales domésticos entre los primitivos pobladores del continente americano fue una de las causas de su grave estado de atraso.

¿Es necesario viajar? El caballo nos conducirá al paso que se le fije, sin arredrarse ante la duración del viaje, los caminos escabrosos, los barrancos, los ríos impetuosos. Dios lo elogió de esta manera: «Dime: ¿Sabrías dar tú al caballo la valentía que tiene, o llenar de relinchos su erguido cuello? ¿Le harás tú brincar y volar como langosta? Causa terror el fogoso bufido de sus narices. Escarba la tierra con su pezuña; encabritase con brío; corre con ardor al encuentro de los enemigos armados. No conoce el miedo, ni se rinde a la espada. Oye sobre sí el ruido de la aljaba, el vibrar de la lanza y el manejo del escudo; y lejos de asustarse, espumando y tascando el freno, parece que quiere sorberse la tierra, ni aguarda el sonido de la trompeta. En oyendo el clarín, como que dice con sus relinchos: Ea, vamos allí. Huele de lejos la batalla, y percibe la exhortación de los capitanes, y la gritería del ejército» (Job, XXXIX, 19, 25).

Menos ligero y agradable que el caballo es el buey, pero su utilidad es inmensa. Arrastra pacientemente el arado y prepara el terreno para la siembra, sus lomos cargarán con los frutos cosechados, tanto para recolectarlos como para llevarlos al mercado y regresar de éste con las provisiones necesarias a su dueño.

Para el pobre que no tiene como adquirir el caballo y el buey, Dios le da el asno en su reemplazo. El aire noble del caballo se compensa en el con una mansa y modesta apariencia, y la fuerza del buey con su paciencia a toda prueba. Presta sus servicios con perseverancia y se contenta para alimentarse con el primer cardo que encuentra.

Los servicios que prestan los perros son tan variados como sus especies. Unos cuidan las casas, otros el ganado, estos son de caza, aquellos son especialistas en divertir a los niños y en buscar los objetos perdidos como ocurre con los de aguas.

Son legendarios los San Bernardo que rescatan los viajeros extraviados en la nieve, cargados con un barril repleto de cognac, atado a su cuello. Y también los que sirven de fieles lazarillos a los pobres ciegos.

La vaca, la cabra y la oveja han sido puestas cerca de nosotros solo para enriquecernos.

Por un poco de yerba o rastrojo recibimos de su parte arroyos de nata y de leche.

Una vaca proporciona —exceptuando el pan— lo que basta para la subsistencia de una familia.

La cabra es la vaca del pobre, hace de una yerba reseca y prácticamente sin jugo una fuente de leche.

La oveja contenta con usar su vellón para pasar el invierno, lo abandona para el hombre en el estío.

\*\*\*

Menospreciados por excelencia, los insectos y los reptiles son sin embargo páginas vivas del libro de la creación.

En su pequeñez los insectos cuentan con el arte y el mecanismo de su estructura que reúne vasos, fibras, venas, músculos, una cabeza, un corazón, un estómago, y miles de movimientos.

Dios tuvo cuidado de vestirlos, armarlos y proveerlos de todos los instrumentos necesarios a su estado.

Los viste hasta con complacencia, prodigando en sus túnicas, en sus alas y en los adornos de su cabeza, el azul, el verde, el rojo, el oro, la plata, hasta los diamantes, las franjas, los penachos y los ramilletes; no hay más que ver la luciérnaga, la mariposa o cierto tipo de gusanos para admirar esta magnificencia.

Armados de pies a cabeza pueden hacer la guerra, atacar y defenderse. La gran mayoría tienen dientes fuertes, o una doble sierra, o aguijón, o dardos, o vigorosas uñas. Una coraza de escama les cubre y defiende todo el cuerpo, un pelo denso guarnece a los más delicados del daño en los choques y las fricciones.

Son ágiles en la fuga. Se libran del peligro con sus alas, o con un hilo invisible sobre el cual se sostienen, o precipitándose bruscamente debajo de los ramajes donde viven, o por el resorte de sus pies traseros que los dispara hacia un gran salto, o mimetizándose.

Son: hiladores teniendo dos ruecas y dedos para formar su hilo; tejedores de telas y redes que cuentan con lanzaderas y ovillos; leñadores con podaderas para hacer sus cortes; cereros con raederas, cucharas y llanas;

carpinteros con sierra y tenazas que adornan sus cabezas y una barrena que alargan, vuelven y revuelven, en el otro extremo de su cuerpo. La mayor parte son excelentes destiladores y tienen una trompa que a unos les sirve de alambique y a casi todos de cánula para chupar. Todos son arquitectos y hacen con precisión sus moradas. Son: botánicos, químicos, astrónomos y matemáticos. Nunca se engañan sobre la calidad de la flor o de la planta que los alimenta, sobre la estación en que deben ejecutar sus trabajos, ni sobre las proporciones que han de darles.

Además de sus excelentes ojos, muchos tienen la ventaja de contar con dos antenas que adelantándose al cuerpo en su marcha, sobre todo en la oscuridad, sondan el terreno y conocen con fina percepción lo que pudiera mancharlos, ahogarlos o dañarlos con el choque. Si se mojan en un licor nocivo o se doblan por la resistencia de algún cuerpo duro, el animal recibe aviso del peligro y se aparta. A veces están provistas de pequeños nudos para darles más solidez, cubiertas de pequeñas plumas o forradas de cepillos para estar al abrigo de la humedad.

La mayoría de los insectos vuelan. Algunos tienen cuatro alas, otros las tienen tan finas que el menor frote podría desgarrarlas y tienen dos fuertes escamas que se elevan y bajan como si fueran dos alas, pero que son realmente el estuche de las verdaderas.

Las hormigas conforman una república con sus leyes y su policía. Habitan una ciudad cruzada por varias calles que desembocan en almacenes.

Unas aseguran el terreno e impiden su desplome recubriéndolo con un baño de cola, son albañiles. Las demás son carpinteras, reúnen ágilmente trozos de madera para sostener la cubierta de las calles, cargan estas vigas con otras maderas longitudinales y convertidos en ágiles pizarreros amontonan por encima un conjunto de juncos, yerbas y pajas secas.

Bajo el montículo que las alberga, cuya conformación facilita los desagües, existen galerías intercomunicadas que conducen a los almacenes para depositar las provisiones y los huevos separadamente.

Echan mano de todo lo que pueda comerse, un mosco muerto, un fruto o una hoja. No existe el ocio en su nación.

Hay algunas con el oficio de explorar el terreno, por sus informes todo el pueblo sale al campo para ir a dar el asalto a un pera madura, un pan de azúcar o un tarro de dulce.

Como los caminos son largos y tortuosos los marcan con la huella de un olor penetrante para no extraviar su senda de regreso. Si se pasa varias veces el dedo sobre la pared que atraviesan se les verá detenerse, titubear, retroceder, ir y venir hasta que la exploradora les indique el camino.

Encerradas y cubiertas en el invierno gozan en paz el fruto de su trabajo. Sus provisiones son la garantía para que sus crías se alimenten al salir del huevo, pues ellas pasarán la estación adormecidas o aletargadas.

Las abejas constituyen un estado monárquico. Una sola dirige la nación, es la reina y la madre del pueblo, casi siempre está rodeada de un cortejo de damas de compañía. Unas le presentan la miel, otras la acarician pasándole repetidas veces la trompa sobre su cuerpo velando por su permanente pulcritud, y cuando marcha todas le abren el camino.

La mayoría de la nación se compone de obreras. Ellas construyen y conservan el panal con los materiales obtenidos de la flor.

La cera la componen con el polvillo de los estambres y con su trompa reúnen la miel.

Se aplican a sus oficios según sus especialidades: recolectan la cera y la miel, elaboran la cera y construyen celdillas, pulen la obra y la perfeccionan, cierran con una cubierta de cera las celdillas que contienen la miel para conservarla en el invierno, dan de comer a las larvas.

Las que elaboran las celdillas pasan y repasan su boca, sus patas y el extremo de su cuerpo sobre toda la obra hasta que todo este perfecto y hermoso. Hay unas destinadas a alimentarlas, cuando las acosa el hambre bajan su trompa y la otra les deposita unas gotas de miel.

¿Y a quién destinan la miel? Al hombre.

\*\*\*

Dios tanto en el orden de la naturaleza como en el de la Religión se vale en ocasiones de los instrumentos más débiles para llevar a cabo sus grandes obras.

Por medio de las abejas da la miel que procede del néctar de la flor y por medio del gusano de seda da el más precioso de los hilos.

Este gusano convierte una parte de su alimento en una especie de licor glutinoso y espeso que reserva depositado en un saquito que se extiende a lo largo de su cuerpo. Debajo de la boca tiene una membranita con varios agujeros por los cuales hace salir gotas del licor y forma dos

copos que dan continuamente la materia con que se compone su hilo.

Un vil gusano se torna así en fuente de riqueza, sustento y esplendor.

Cuando ha dado fin a su tarea, elabora para si mismo un capullo de seda que lo envuelve como un sudario, del cual saldrá, después de pasado un tiempo, transformado en una linda mariposa.

Son dos animales enteramente diferentes: el primero se arrastraba lentamente, el segundo es la agilidad misma que nunca permanece en la tierra y parece desdeñarla. El uno era de aspecto repugnante, el otro está adornado con los más vivos colores. Se ceñía a un alimento vulgar, y ya va de flor en flor, vive de miel y de rocío, variando enteramente de placeres, gozando en libertad de toda la naturaleza y embelleciéndola con su presencia.

He aquí una graciosa imagen de nuestra propia resurrección.

\*\*\*

Dios también hizo los reptiles y las fieras.

La serpiente es un reptil de apariencia aterradora y mordedura mortal. Goza de destreza y agilidad sorprendentes, algunas son de gran tamaño y fuerza. Sin embargo prestan sus servicios al hombre librándolo de mil plagas y sobre todo instruyéndolo acerca del pecado: «Como de la vista de una serpiente, así huye del pecado» (Eccli., 21, 2).

Sin cabañas, sin huertos, sin almacenes y sin auxilio del hombre, las fieras están mejor provistas de todo, son más ligeras en su carrera, más fuertes, mejor alimentadas, con pieles más bellas que los animales domésticos.

Instruyen al hombre sobre la extensión de la Providencia, el temor al poder de Dios, la consecuencia del pecado de Adán. No obstante, le son también útiles porque limpian de carroña la naturaleza, controlan otras especies de animales que le son dañinas, y formando un temible cordón en torno a los países habitados le recuerdan al hombre que nació para vivir en sociedad y que lejos de sus hermanos encontrará la muerte.

\*\*\*

Todas las creaturas se enlazan, se suponen y se llaman mutuamente. Entre el Angel y el gusano existen un número infinito de intermediarios que componen la cadena magnífica que une todos los seres, enlaza todos los mundos y abarca todas las esferas. Únicamente un ser esta fuera de ella, El que la ha fabricado.

El mundo visible es el velo transparente de un mundo invisible y cada creatura es una letra, una palabra de este gran libro de Dios.

Los paganos no leen la Biblia, pero son inexcusables: «puesto que ellos han conocido claramente lo que se puede conocer de Dios. Porque Dios se los ha manifestado. En efecto, las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo, por el conocimiento que de ellas nos dan sus creaturas: y así tales hombres no tienen disculpa» (Rom. I, 19, 21).

\*\*\*

Dios coronó su obra de la siguiente manera: «...Y por fin dijo: Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra: y domine a los peces del mar, y a las aves del cielo, y a las bestias, y a toda la tierra, y a todo reptil que se mueve sobre la tierra.

«Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó los creó varón y hembra. Y echóles Dios su bendición y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y enseñoreaos de ella, y dominad a los peces del mar, y a las aves del cielo, y a todos los animales que se mueven sobre la tierra. Y añadió Dios: Ved que os he dado todas las hierbas, las cuales producen simiente sobre la tierra, y todos los árboles, los cuales tienen en sí mismos simiente de su especie, para que os sirvan de alimento a vosotros, y a todos los animales de la tierra, y a todos cuantos animales vivientes se mueven sobre la tierra, a fin de que tengan que comer. Y así se hizo. Y vio Dios todas las cosas que había hecho: y eran en gran manera buenas « (Genes. II, 26, 30).

El mundo existe como un magnífico palacio adornado con cuanto puede hacer su permanencia agradable y cómoda: millones de astros, colgados de la bóveda del cielo como otras tantas arañas, lo iluminan noche y día; la tierra toda está tapizada de una rica alfombra, esmaltada de flores de toda especie, el aire embalsamado con los más gratos perfumes, y los árboles cargados de frutos; murmuran los arroyuelos; los peces juegan en las aguas; las aves, como otros tantos músicos, hacen resonar los campos con los más agradables conciertos; los animales esperan con respetuoso silencio el señor que debe dominarlos: todo está dispuesto.

Dice San Juan Crisóstomo: «Reconoced la inagotable bondad del soberano Señor de la naturaleza y la grandeza de sus designios con respecto

al hombre. Primeramente dispone un magnífico banquete servido con tanta pompa como variedad; edifica un palacio para el monarca de aquel nuevo imperio, reuniendo de antemano los objetos más bellos y preciosos, y cuando ha acabado todos estos preparativos, cria al hombre, lo pone en posesión de todos esos bienes, y lo proclama rey de la naturaleza. Del mismo modo, cuando el emperador va a entrar en una ciudad, precedenle sus servidores, a fin de que al llegar esté todo preparado para recibirle»

Cuando se trató de crearlo Dios dijo: «Hagamos», como quien procede después de una deliberación entre las tres personas de la Santísima Trinidad. Y agregó: «a nuestra imagen y semejanza».

El hombre es, pues, el rey del mundo, y la más hermosa de las creaturas visibles.

Todo revela su superioridad. Se sostiene derecho y elevado, su actitud es la del mando. Su cabeza, adornada de una agradable cabellera, presenta una faz augusta y una frente despejada, sobre la cual está impreso el carácter de su dignidad.

Un fuego divino anima las facciones de su rostro: sus ojos miran al cielo de donde procede y a donde está destinado, dominan la naturaleza que fue hecha para él. Sus orejas, gozan de una extrema finura y perciben hasta una graduación de tono. Su boca es asiento de una amable sonrisa y órgano de la palabra. Sus manos son manantial de maneras y de obras maestras. Su pecho levantado y despejado con gracia, su talle rico y suelto. Sus piernas son elegantes columnas que corresponden con tanta armonía al edificio que sostienen. Su pie es una base estrecha pero sólida y ágil.

Los órganos de sus sentidos se distribuyen jerárquica y armónicamente.

Los ojos, como centinelas, ocupan el sitio más elevado, y desde allí descubren a distancia los objetos. Convenía a los oídos un lugar eminente para recibir el sonido que sube naturalmente. La nariz debe estar en la misma situación, porque el olor sube también, y cerca de la boca porque ayuda sobremanera a juzgar de la comida y de la bebida. El gusto que da a conocer la calidad, reside en la parte de la boca por donde pasan los alimentos. Y el tacto está esparcido por el cuerpo para que detecte oportunamente cualquier impresión, sienta el frío y el calor. Fuera de la perfección de su estructura orgánica, ¿quién contará las maravillas de las cuales es instrumento el ojo, por ejemplo?



Millones de objetos, montes, ríos, bosques, casas, ciudades enteras y campiñas de muchas leguas de extensión vienen a pintarse a un tiempo y sin confusión en un espejo de una línea de diámetro que se encuentra en el ojo y aun cuando el registro de la imagen llega invertido, no obstante la vemos en posición natural.

Galeno exclamaba: «¡Oh Tú que nos has formado! Al describir el cuerpo humano yo creo cantar un himno a tu gloria. Te honro más descubriendo la belleza de tus obras, que quemando en los templos los mas preciosos inciensos. La verdadera piedad consiste en conocerme a mi mismo, y después en enseñar a los demás la grandeza de tu bondad, de tu poder y de tu sabiduría. Tu belleza se ostenta en la distribución igual de tus presentes, habiendo repartido a cada hombre los órganos que le son necesarios. Tu sabiduría brilla en la excelencia de tus dones, tu poder en la ejecución de tus designios».

Noble es el cuerpo humano a los ojos de la razón y más santo y digno aún a los ojos de la fe. Purificado en las aguas del bautismo, consagrado tantas veces por la unción santa, por la sagrada Comunión, templo vivo del Espíritu Santo, miembro del Hombre-Dios, destinado a una gloria inmortal.

\*\*\*

«Formó, pues, el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra, e inspiróle en el rostro un soplo o espíritu de vida, y quedó hecho el hombre viviente con alma racional» (Genes. II, 7).

El alma es un soplo salido de la boca y del corazón de Dios, el principio espiritual, libre e inmortal que en nosotros piensa, ama, quiere, raciocina y nos distingue esencialmente de los animales.

Vive en lo pasado, se remonta hasta el origen de los siglos, y resucita las generaciones sepultadas en el polvo.

Sin salir de sí misma recorre el universo en un abrir y cerrar de ojos, va de un polo a otro, de Oriente a Occidente, visita las naciones, ve sus costumbres, sus usos y sus leyes.

Penetra los secretos de la naturaleza, descubre las propiedades de las plantas y de los minerales, desciende a las entrañas de la tierra, estudia su estructura, saca de allí sus riquezas, y después con la mayor facilidad sube a los cielos, mide la extensión del firmamento y la magnitud de los astros.

Vive en el porvenir, penetra los secretos con raciocinios y conjeturas

sólidas. Y, encontrando todavía angosto este vasto universo, lánzase más allá de los soles y de los mundos, se eleva hasta el ser manantial de todos los seres, y aunque Este habita en una luz inaccesible, el alma le descubre con su inteligencia y se le une con su amor.

San Buenaventura explica como la abstracción es una operación que, depurando y abstrayendo la especie sensible, por juicios sucesivos, sensiblemente recibidos por los sentidos, la hace entrar en la potencia intelectual. Todo este proceso para formar la idea o juicios universales sería imposible sin el concurso de las razones eternas, ya que un entendimiento creado no puede por sí mismo formar de lo sensible mutable lo inteligible, inmutable y necesario, que no poseen ni las cosas ni la misma inteligencia.

Pues el alma humana, por sí misma, es ya imagen de Dios, capaz de poseerle como objeto por el conocimiento y el amor; por eso, la cooperación Divina o la luz de las razones eternas mueve y regula directamente la porción superior del entendimiento humano. Esta porción superior es aquella en que reside la imagen de Dios, la cual no sólo se adhiere a las reglas eternas, sino que por ellas juzga y define cuanto con certeza define; esto le compete por su dignidad de imagen de Dios.

Esta cooperación es natural y continua, distinta de la sobrenatural especial de la gracia y de la general, por la que el alma, a título de vestigio, es creada y conservada por Dios.

En la cima de un monte, después de descorrer un velo cubierto de sangre, Dios nos muestra a su Hijo muerto sobre la Cruz y nos dice: «He aquí lo que vale tu alma».

El alma es tan espiritual como sus operaciones: la memoria, el pensamiento y la voluntad. La memoria es el alma al acordarse; el pensamiento, el alma al pensar; y la voluntad, el alma que quiere.

Es libre y obra o no obra, quiere o no quiere, hace una cosa, y al hacerla conoce muy bien que podría hacer otra. Si es un bien, experimenta alegría, y si es un mal, tiene remordimiento, porque siente que era libre de no hacerlo. Por eso está sujeta a castigo o recompensa.

Es inmortal porque Dios así lo dispuso y lo declaró: «E irán éstos a castigo eterno, y los justos a vida eterna» (Matth. XXV, 46).

La imagen de Dios está especialmente grabada en el alma y por ella nos parecemos a él.

- Dios es uno en naturaleza, lo mismo el alma.
- En Dios hay tres personas distintas, en el alma tres facultades: la memoria, la inteligencia y la voluntad.
- Dios es puro espíritu, lo mismo el alma.
- Dios es eterno, el alma inmortal.
- Dios es libre, también lo es el alma.
- Dios sabe lo pasado, lo presente y lo porvenir, el alma se acuerda del pasado, sabe lo presente y prevé el porvenir.
- Dios está presente en todas partes, el alma en todo el cuerpo que es un misterioso resumen del universo.
- Dios es justo, verdadero, santo, bueno y misericordioso, así era el alma de Adán en estado de inocencia. Tal es de algún modo el alma del hombre caído porque tiene el sentimiento y la idea de la verdad, de la justicia, de la santidad, de la bondad y de la misericordia.
- Dios es infinito, el alma es infinita en sus deseos y nada finito puede contentarla. Todo lo que es limitado la importuna, la entorpece y la disgusta; y esta inquietud y este malestar que siente el alma dan testimonio de su dignidad, porque es menester ser muy grande para ser desgraciado, e inconsolable si se le priva del único bien que sea infinito.
- Dios es el más perfecto de todos los seres, el hombre la más perfecta de todas las criaturas visibles.
- Dios no depende de nadie, el hombre no depende de nadie más que de Dios.
- Dios es el dueño soberano del cielo y de la tierra, y el hombre el rey de todo lo que le rodea.
- Todo se refiere a Dios, todo se refiere al hombre y el hombre a Dios.

\*\*\*

«El día sexto fue creado el hombre, el rey de las bestias; y responde a la vejez, que es edad madura y apta para la sabiduría, y corresponde a la sexta edad, que corre desde Cristo hasta el fin del mundo; y en la sexta edad nació Cristo, el sexto día de la semana fue crucificado, el sexto mes de la concepción de San Juan fue concebido. La sabiduría, pues, se encarnó en la sexta edad» (San Buenaventura, «Colaciones sobre el Hexameron», p. 459).

«Con lo que de la tarde y de la mañana se formó el día sexto» (Genes. I, 31).



# El día séptimo

---

«Quedaron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ornato de ellos. Y completó Dios al sexto día la obra que había hecho: y el día séptimo reposó o cesó de todas las obras que había acabado. Y bendijo el día séptimo; y lo santificó por cuanto había cesado en él de todas las obras que creó hasta dejarlas bien acabadas» (Genes. II, 1, 3).

Ya en el día sexto: «vio Dios todas las cosas que había hecho: y eran en gran manera buenas» (Genes. I, 31).

Es decir, Dios al concluir cada una de sus obras la encontró buena, pero al ver el conjunto de todas ellas las encontró en gran manera buenas.

El universo era a sus ojos como un magnífico cuadro al que acababa de dar la última pincelada. Cada parte tenía su uso, cada rasgo su gracia y belleza, todas las figuras estaban bien situadas y producían un hermoso efecto, cada color estaba aplicado oportunamente, todo el conjunto era maravilloso. Y El mismo insiste en expresarlo para enseñar la admiración que tal cuadro debe causar y la necesidad de ver su obra con espíritu contemplativo.

Por esto «bendijo el día séptimo; y lo santificó: por cuanto había cesado en él de todas las obras que creó hasta dejarlas bien acabadas» (Genes. II, 3).

«El día séptimo reposó o cesó de todas las obras que había acabado» (Genes. II,2), no quiere decir que Dios haya cesado de obrar, pues crea todos los días nuevos espíritus, las almas humanas, y desde el principio del mundo no cesa de obrar con su poder, y de gobernar con su sabiduría todo lo creado.

«Mi padre trabaja siempre. Yo también trabajo» (Joan. V, 17).

Es imposible que las obras de Dios subsistan si la misma voluntad que las ha producido no las conserva, creándolas, por así decirlo, enteramente de nuevo y a cada instante. El es el ser necesario.

El reposo de Dios no es, pues, la cesación de obrar, ni menos un alivio parecido al del trabajador después de la fatiga de su tarea, porque un poder infinito no se agota ni se cansa.

La expresión de la Escritura significa simplemente que después de las obras del sexto día, Dios cesó de producir nuevas especies de creaturas.

Había salido en cierto modo de sí mismo y de su reposo eterno para crear el universo, y volvió a entrar en El, en el sentido de que pasados los seis días su poder cesó de hacerse visible por medio de nuevas especies de creaturas.

Por esto bendijo y santificó el séptimo día, y en memoria de este descanso misterioso en que Dios había entrado, destinó particularmente el séptimo día de la semana a su culto, con la voluntad de que este día fuera para el hombre un día de descanso y de acción de gracias.

Para que en este día estuviera libre de los trabajos corporales que le disipan durante la semana y pudiera meditar en santo ocio sus maravillas, darle gracias por sus beneficios, exponerle sus necesidades, estudiar su ley, ocuparse especialmente del descanso eterno a que está destinado y al cual deben confluir todos sus pensamientos y deseos.

\*\*\*

«La séptima edad corre junto con la sexta; es el descanso de las almas después de la pasión de Cristo. — A éstas sigue la octava, o sea, la resurrección, de la que el Salmista dice: «Al amanecer me pondré en tu presencia y te contemplaré, porque no eres tú un Dios que ame la iniquidad» (Psalm. 5, 5). Y es el retorno a lo primero, porque después del séptimo día se vuelve al primero» (San Buenaventura, «Colaciones sobre el Hexamerón», p. 459).

«Y bendijo el día séptimo; y lo santificó: por cuanto había cesado en el de todas las obras que creó hasta dejarlas bien acabadas» (Genes. II, 3).



*«Al concluir un cuadro, el pintor lo firma.  
Así Dios firmó la obra de la creación, al dejar impresa en una roca, la milagrosa  
imagen de Nuestra Señora de las Lajas»  
Plinio Correa de Oliveira*





## **SEGUNDA PARTE**



# **Ambientes, Costumbres y Civilizaciones**

**de**

**PLINIO CORREA DE OLIVEIRA:**

**Una sabia lectura del Libro de la Creación**

«AMBIENTES, COSTUMES, CIVILIZAÇÕES», del pensador católico brasileño Plinio Corrêa de Oliveira, editado por Artpress de São Paulo el 29 de diciembre de 1982, recopila los artículos que el autor publicó sobre esta materia en la sección del mismo nombre en el periódico mensual «Catolicismo», entre febrero de 1951 y noviembre de 1967, que alcanzaron doscientas dos entregas.

Para este trabajo hemos seleccionado solamente siete, con la aspiración de que en un futuro no lejano sea traducida y publicada la obra completa en español.

# EL INTELECTUAL FILOSOFESCO

---

*Señor N., ¿qué valor instructivo tienen sus interminables descripciones y comentarios en «Ambientes, Costumbres y Civilizaciones»? El conocimiento de un ser se adquiere estudiándole la definición. Lo demás es perfumar. Si «Catolicismo», en vez de perder espacio con esa sección, publicase un pequeño curso filosófico, claro y metódico, rico en definiciones precisas, daría a sus lectores nociones completas, y enteramente suficientes, sobre lo que les conviene saber.*

— Mi querido intelectual, filosofesco por cierto, puesto que no filósofo: nada mejor que una buena formación filosófica. Pero, cursitos de filosofía en un periódico son malos por naturaleza, de mala filosofía, característicos de un mal periodismo.

Cuando se estudia filosofía con más seriedad que mediante cursos por la prensa, se aprende que la noción de un ser no se adquiere enteramente por el estudio de su definición. Es preciso conocerle también las propiedades. Y esto, sin descripciones y análisis, no se puede hacer adecuadamente. «Ambientes, Costumbres y Civilizaciones» tiende a despertar y a orientar a la luz del espíritu católico el sentido de observación y crítica de sus lectores. En esto, es formativo e instructivo: pues evita la formación meramente libresca.

En términos filosóficos, el siguiente es el defecto de la cultura libresca: en todo ser real se nota un aspecto singular y uno universal. Ahora, la definición solo contiene el elemento universal. Luego, solo con una definición, nunca se podrá tener un conocimiento completo de un ser.

¿No es así?

— *Esta respuesta me irrita. Por un lado cualquiera, que no se explicar, ella hasta me insulta. En fin, oportunamente veré como responder. Por ahora, guardo silencio y me declaro ofendido.*



## «Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas»



El presupuesto de cuanto se publica en esta sección es aquel según el cual, por motivos no solamente convencionales, ciertos olores, ciertas líneas, ciertas formas de objetos materiales, ciertos perfumes y ciertos sonidos tienen afinidad con los estados de espíritu del hombre. Hay colores que son afines con la alegría, otros con la tristeza. Hay formas que llamamos majestuosas, otras simples. Decimos de una familia, que es acogedora, y lo mismo podemos decir de una casa. Decimos de la conversación de alguien, que es encantadora. Y lo mismo podemos afirmar de una música. Nos puede parecer que un perfume es vulgar, y lo mismo podemos decir de las personas que tengan el gusto de usarlo.

Ambiente es la armonía constituida, en este campo, por la afinidad de varios seres reunidos en un mismo lugar. Imagínese una sala de proporciones amenas, decorada con colores risueños, dotada de objetos graciosos, en donde hay muchas flores exhalando un suave aroma; alguien toca una música alegre en esta sala. Ahí se forma un ambiente de alegría.

Es claro que el ambiente será tanto más expresivo cuanto más nume-

rosas fueren las afinidades entre los seres que en la tal sala se encuentran. Y así, ese ambiente podrá ser, además de alegre, también digno, cultivado, mesurado, si la dignidad, la cultura y la mesura existieran en las personas y cosas que allí se encuentran.

El ambiente será lo contrario de todo esto, o sea, triste, extravagante, feo, vulgar, si los objetos que lo constituyen tuvieran, todos, estas notas. Por ejemplo, una salón de arte moderno.

Los hombres forman para sí ambientes a su imagen y semejanza, ambientes en que se reflejan sus costumbres y su civilización. Pero lo recíproco también es verdadero en larga medida: los ambientes forman a su imagen y semejanza a los hombres, las costumbres, las civilizaciones. ¿En pedagogía, es esto trivial? ¿O valdrá solamente para la pedagogía? ¿Quién osaría negar la importancia de los ambientes en la formación de los adultos? Formación decimos con toda propiedad, pues en esta vida el hombre, en todas las edades, debe tomarse el esfuerzo de formarse y reformarse, preparándose así para el Cielo, que es solamente donde se detiene nuestra marcha hacia la perfección.

Así, el católico puede y debe exigir de los ambientes donde está, que sean instrumento eficaz para su formación moral.

\*\*\*

De la importancia del ambiente para el equilibrio de la vida mental y la rectitud de la formación moral del hombre, tenemos una prueba en la



sabiduría, belleza y magnificencia con que Dios dispuso todo el cuadro de la naturaleza para que lo contemplemos. Hay en el universo, no uno sino mil y mil ambientes, todos propicios a instruir y formar al hombre. A tal



punto esto es verdad, que la Sagrada Escritura numerosas veces apela a seres materiales para hacernos entender y apreciar realidades espirituales y morales. El hombre, con su poder limitado, constituye sus ambientes haciendo seres sin vida —muebles, tapices, etc.— y fabricando réplicas de la realidad: pinturas, esculturas, mosaicos. Dios, por el contrario, hizo la propia realidad, y, Autor de la vida, dio realce y riqueza al ambiente de la creación colocando en él seres vivos: plantas, animales, y sobre todo al hombre.

Del poder de expresión que tienen para este último los seres inferiores y sobre todo los animales, tenemos pruebas en el Evangelio. Así, en su hermoso sermón de la misión de los apóstoles, (Mateo 10,16), Nuestro Señor nos da a la paloma y a la serpiente como modelos de dos altas virtudes: la inocencia y la prudencia.

\*\*\*

Armoniosa en las líneas, simple en el colorido, graciosa en los vuelos y en los movimientos, «afable» con los otros animales, pura y cándida en todo su ser, la paloma nada hace que pueda sugerir la idea de rapiña, de agresión, de injusticia, de desconsideración, de impureza. Es, pues, muy adecuadamente en el lenguaje del Salvador, un símbolo de inocencia.

Pero algo le falta: las aptitudes por las cuales un ser asegura su supervivencia, en la lucha contra los factores adversos. Su perspicacia es mínima, su combatividad nula, su única defensa consiste en la fuga. Y por esto el propio Espíritu Santo nos habla de «palomas imbéciles,



sin inteligencia» (Oseas 7, 11).

Lo que nos recuerda a ciertos católicos deformados por el romanticismo, para quienes la virtud consiste única y exclusivamente en apagarse, en bajar la cabeza, en recibir golpes, en retroceder, en dejarse pisotear.

\*\*\*

¡Cuán diversa es la serpiente, agresiva, venenosa, falsa, perspicaz y ágil! Elegante y al mismo tiempo repugnante: frágil al punto de poder ser aplastada por un niño, y peligrosa al punto de poder matar a un león con su veneno; adaptada por toda su conformación, su modo de moverse y de actuar, al ataque velado, traicionero, fulminante; tan fascinante que en ciertas especies hipnotiza y, al mismo tiempo, sembrando en torno de sí el terror, es el perfecto símbolo del mal, con todos los encantos y toda la felonía de las fuerzas de la perdición.

Pero en toda esta «malicia» cuánta prudencia, cuánta astucia. La prudencia es la virtud por la cual alguien emplea los medios necesarios para alcanzar los fines que tiene en vista. La astucia es un aspecto y, de cierto modo, un refinamiento de la prudencia, por el cual se mantiene todo el silencio y se emplean todos los disfraces lícitos, necesarios para llegar a un fin. Todo en la serpiente es astucia y prudencia, desde su mirada penetrante, hasta lo alargado de su forma, y lo terrible de su arma esencial: una sola y pequeña perforación en la piel de su víctima, pero por este medio, un veneno que en pocos instantes circula por el cuerpo entero.

\*\*\*

El ibis nos da un ejemplo magnífico de cómo se pueden aliar en una sola acción la inocencia de la paloma y la astucia de la serpiente. Hace su nido en árboles, y protege con vigilancia y energía a su progenie. Ejemplo de virtud seria y fuerte, que de esta manera se le da al hombre.

Viene, sin embargo, la cobra, le traga un huevo, amenazando deglutir a los demás. No menos hábil y capaz que el reptil, el ibis lo ataca en el punto neurálgico, inutilizándole todos los recursos de agresión y de defensa. Después de algún tiempo de presión, la serpiente entrega el huevo, y cae desfallecida al piso.

El ibis alcanzó un objetivo honesto como la inocencia de la paloma, empleando medios de lucha que vencieron en astucia a la serpiente.

Traducido de «Catolicismo» No.37 - 1954

## "Non in commotione Dominus" (III R.XIX,11)

---

Está de noche. Se adivina el silencio absoluto que habita en la oscuridad que la fotografía fijó. El alma, en una atmósfera como ésta, se siente convidada a la reflexión. Todas las circunstancias grandes o pequeñas, agradables, enojosas o hasta dolorosas de la vida cotidiana desaparecen. A solas consigo mismo, puede el hombre trascender todo esto, y penetrar en la región superior del recogimiento, de la reflexión y del estudio.

Es una felicidad austera y calmada. En una palabra, es una felicidad verdadera.

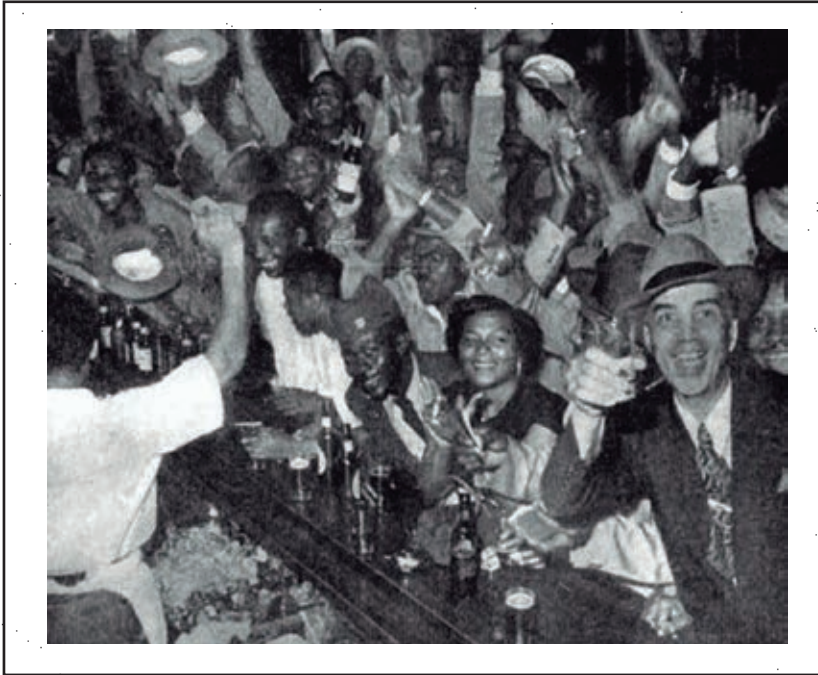
En la fotografía esta felicidad se hace sentir vivamente.

Tres luces están en ella encendidas. La menos importante es la que merece propiamente el nombre de luz: la de la vela. Su reflejo sobre el libro constituye la segunda nota clara de la escena. Se tiene la impresión de que el pensamiento contenido en el texto se torna luminoso. Y la luz de la vela y el reflejo en el libro iluminan el rostro, haciendo ver en él la luz más verdadera, que es la del alma atenta y sutil que lee.

Si se analiza este rostro inmerso en la lectura: está calmado, absorto, feliz.

Es,  
como  
decimos, la  
felicidad  
del aisla-  
miento, del  
recogimien-  
to, la  
felicidad de  
pensar...





\*\*\*

De esta felicidad eran ávidos nuestros mayores. Pero los que hoy en día la aprecian se van tornando siempre más raros.

Crece por el contrario el número de los que solamente sienten placer en el ruido, en la agitación, en las sensaciones «exciting».

En Nueva York, en el barrio de Harlem, unos hinchas acaban de saber la victoria de su campeón. Blancos, negros, amarillos, rojos, entre todos hoy se generaliza la tendencia a creer que la felicidad es esto...

Para los que saben cuál es el placer del recogimiento, está establecido un presupuesto precioso para la santificación. San Bernardo dice: «¡Oh beata soledad, oh sola beatitud!»

Pero a los que viven en el bullicio perpetuo, los que no saben estar ni quieren vivir fuera de él, cuántos ruidos les sofocan la voz de la gracia...

«Non in commotione Dominus» (III R. XIX, 11). Dios no se encuentra en la agitación.

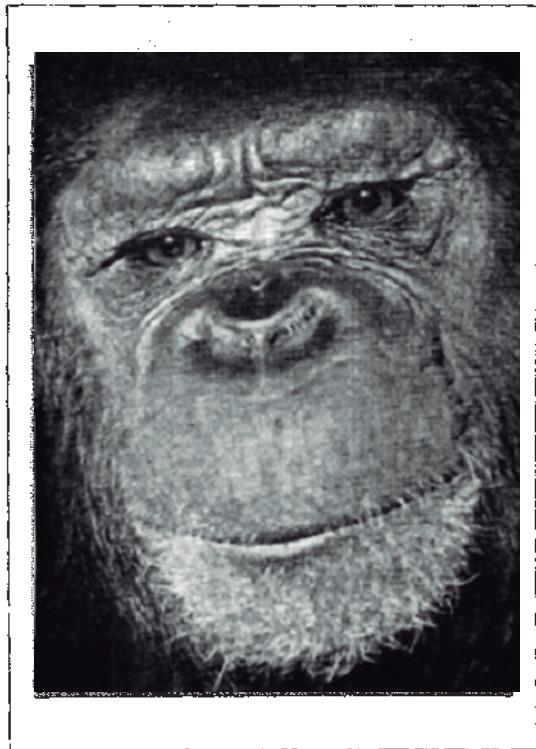
Traducido de «Catolicismo» No. 114 - junio de 1960

## "No está bien tomar el pan de los hijos y echarseño a los perros"

---

¿Qué decir de esa «facies»? Piel horriblemente gruesa y arrugada, boca vulgar y desmesuradamente rasgada, fosas chatas a las cuales no les sigue ninguna nariz, pelos ralos, sin belleza, formando un simulacro de barba al mismo tiempo hirsuta y pobre. Y en el medio de toda esta deformidad, una cierta semejanza que hace pensar en el hombre... semejanza terriblemente acentuada por los ojos. ¡Qué ojos! En ciertos momentos parecen pensativos y llenos de una melancólica expresión. Si los observamos en otros momentos, se nos figuran vacíos, anodinos, y carentes de significación.

Es así el reino animal. Dios puso en él especies admirables, en las cuales el hombre viese la sabiduría, la gracia y la bondad de Quien lo creó. Pero, al mismo tiempo, nos dejó ver, bien patente, toda la rudeza de la naturaleza irracional, en seres como éste. Por los primeros animales, nos elevamos a Dios. Por los segundos, sentimos mejor nuestra dignidad natural, comprendemos a fondo la jerarquía que el Señor puso en el universo, y amando nuestra propia superioridad y la santa desigualdad de la creación, nos elevamos también hasta el Creador.



Tal vez nunca hemos sentido mejor el abismo que nos separa del mundo animal, que contemplando, entre todas sus especies, la que precisamente: ¡más se parece a nosotros!

\*\*\*

Los animales que Dios puso para convivir con el hombre son precisamente aquellos en los que



la rudeza natural es velada por apariencias bellas o hasta espléndidas. Pájaros de plumas brillantes o canto armonioso, gatos de actitudes elegantes y pieles sedosas, perros de noble porte o imponente semblante, alondras mimosas, peces que desdoblán graciosos velos en la placidez de sus acuarios. Son ellos factores de belleza, distinción y reposo en nuestra diaria existencia. Porque Dios respeta la nobleza del hombre,

en los animales destinados a convivir con él, veló con esas apariencias magníficas la rudeza natural a todo ser no espiritual. Manifiestamente son esas creaturas como que las flores del reino animal, hechas para nuestro hogar como las flores del reino vegetal.

Y según las reglas de la sana tradición, hay modos ordenados para un hombre que aprecie las bellas flores y conviva con los bellos animales, sin pasarse, no obstante, de la justa medida al dedicar a esos seres un afecto o al concederles una intimidad que solamente a las creaturas humanas se debe dar.

Los animales pueden, pues, tener su lugar en una sensibilidad cristiana bien formada. Pero con límites. Así como hay plantas que sirven para el

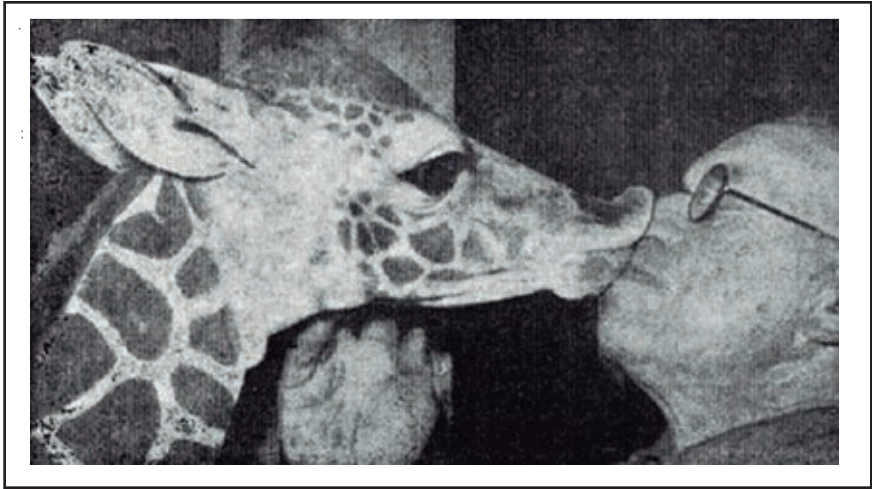
adorno de la vida del hombre, y otras que tienen una rudeza incompatible con este fin, así también sucede con los animales. Una dama no baja de su condición si mira una flor, respira su perfume y la usa como adorno. Pero bajaría si hiciese lo mismo con una coliflor, y tal vez peor aún, con una simple col.

Y, por la misma razón, el hombre, a quien le conviene tanto la compañía del perro, no fue hecho para besar hocicos de canes como quien besa a la esposa o a la hija, y tampoco fue hecho para la intimidad con simios, ratones, jabalíes y jirafas. Toda la inferioridad de la naturaleza animal, patente en estos seres, es incompatible con esta promiscuidad con el hombre.

Y el hombre se degrada cuando hace callar en sí la natural repugnancia que causa la intimidad con esas creaturas, en las que la rudeza animal no fue velada por alguna apariencia. Haciendo callar esta repugnancia, el hombre embota el sentimiento de su propia superioridad, y, por así decir, acepta y asume en sí lo que en el bruto hay de inferior.

Actitud de espíritu bastante frecuente en una época como la nuestra, en la cual todos los igualitarismos, inclusive los más degradantes, encuentran un clima comprensivo.





«No se debe echar a los perros el pan destinado a los hijos» (Marc. VII, 27), advierte Nuestro Señor, «ni arrojéis vuestras perlas a los puercos» (Mat. VII, 6).

Es lo que hace quien, llevado por un extravagante sentimentalismo de fondo igualitario, concede a los animales cariños e intimidades que el orden de la Providencia reserva para las relaciones entre seres humanos.

Traducido de «Catolicismo»  
No.81 - 1957





# Si alguien tuviese una súbita perturbación

EN LOS OJOS, EN LOS NERVIOS O EN LA MENTE...

El cuadro famoso de Velázquez, «Las Meninas», en el museo del Prado pasa, a justo título, por ser uno de los pináculos del arte

La gracia infantil y cándida de la Infanta, el cariño lleno de dignidad y respeto de las jóvenes hidalgas que la sirven, la altanería del caballero de Santiago que se ve a la izquierda (y que es el propio pintor), todo expresa un ambiente recogido, elevado, profundamente civilizado. La consideración atenta de esta obra prima, además de refinar el sentido artístico, forma con elevación la personalidad humana.

Si un observador tuviese una súbita perturbación en los ojos, en los nervios, o en la mente, sería claro que las armonías del cuadro se le fuesen deshaciendo. En el punto extremo de esa perturbación, podría el

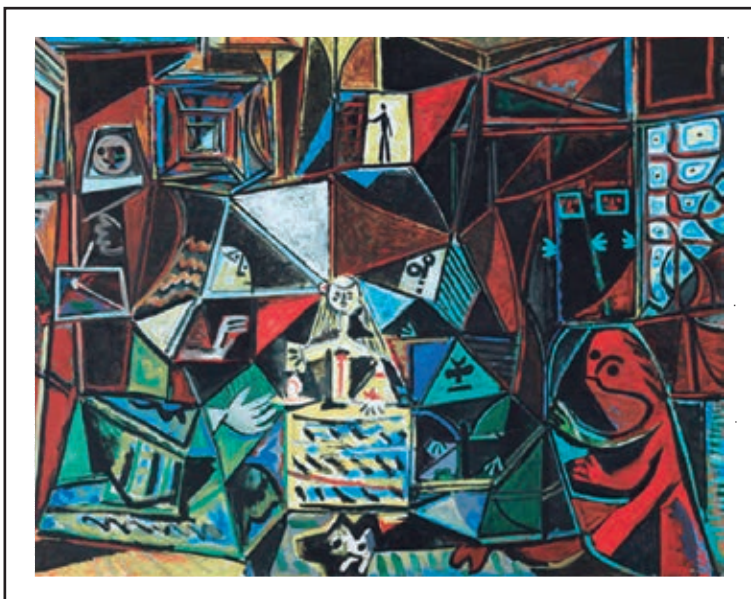


aspecto de la obra de Velásquez llegar al grado de «horripilancia» contenido en la otra imagen de esta página.

Lo contrario jamás podría ocurrir. Si alguien considerase el segundo cuadro, y comenzase a sufrir de la visión, de los nervios o de la mente, nunca llegaría a ver Las Meninas del museo del Prado.

Esto es tan evidente, que dispensa de demostración.

Es que el primer cuadro es producto no del desorden, sino del orden, del talento, de la cultura, de la civilización, y presenta en sus imponderables una marca profundamente cristiana. El segundo es fruto no del orden, sino del desorden, de la extravagancia, del desequilibrio, de la inmoderación. Solo puede proceder —insistimos— de las pasiones desordenadas o de la enfermedad.



\*\*\*

El segundo cuadro es la copia, hecha por Picasso, de la obra inmortal de Velásquez.

Sin comentarios.

Traducido de «Catolicismo» No. 131 - Noviembre 1961

## Verdades olvidadas en la consideración de la naturaleza

---

Toda la naturaleza nos habla de Dios, y de la ley moral por El instituida para el hombre.

Esta es una verdad muy conocida, pero de la cual solamente se hacen aplicaciones unilaterales. La influencia del sentimentalismo nos lleva a omitir los aspectos de la naturaleza que instruyen al hombre sobre la belleza del coraje, de la audacia y de todos los predicados, en fin, que él debe poseer en la lucha, en la lucha que, cuando vuelta contra el mal, constituye un deber sublime. Y el liberalismo nos impide dar la debida atención a todos los

aspectos de la naturaleza que nos traen a la mente la propia noción del mal.

\*\*\*

Ahora, ¡cuánto nos habla de uno u otro asunto el reino animal! No es que los animales sean capaces de vicios o virtudes. Ni que en ellos pueda existir algún principio bueno o malo que trascienda de cualquier forma su naturaleza de simples animales. La serpiente, por ejemplo, es una criatura de Dios absolutamente tan buena como el cordero. Y no obstante esto, la primera, debido a una serie de riquísimas analogías, por su falsedad, su nocividad para el hombre,



su desplazamiento rastrero y su poder de seducción, es utilizada como símbolo adecuado de la villanía y de la maldad, incluso por medio de ella el demonio habló a Eva; y el cordero, también por una serie de analogías riquísimas, por su blancura, su mansedumbre, su inocencia, es tenido como símbolo adecuado de Nuestro Señor Jesucristo y del cristiano. Los animales, todos igualmente buenos en cuanto obras de Dios, nos instruyen sobre el bien y el mal, para que amemos a aquel y odiamos a éste. Pero en cualquier caso son meros animales.

Disculpen los lectores la trivialidad de esta última aserción. Hoy en día hay tal confusión en materia de conceptos, que es mejor decir siempre que el agua es agua y no pólvora o granito, cuando se le cuenta a alguien que uno se va a tomar un vaso de agua...

Este halcón, que baja majestuoso sobre un conejo que huye despavorido, nos hace sentir la fuerte y noble belleza de la lucha, por ser un admirable símbolo de las virtudes del guerrero: calma, fuerza, agilidad y precisión. El se mueve en el aire con un equilibrio, un tal dominio, que se diría que la ley de la gravedad para él no existe. Su velocidad está proporcionada de tal manera a la del conejo, que lo alcanzará forzosamente. Sus poderosas garras ya están abiertas, su pico también, pero en el auge del ataque él mantiene una altanería simbolizada de modo admirable por las alas noblemente abiertas en un vuelo que se diría idealmente sereno.

Ahí dirá un sentimental: «¿y el pobre conejito, será lícito que el halcón lo agreda?». No se irrite mucho ese sentimen-



tal, ni con el halcón, ni con nuestra respuesta: es por la voluntad de Dios que los animales se alimentan unos de otros. Y que los halcones se comen a los conejos... No debe verse un animal que devora a otro, como se vería a un antropófago.

Dios, que manda a los hombres que se amen unos a los otros, manda en este valle de lágrimas a los animales que se devoren entre ellos, y nos permite que nos alimentemos con ellos. Y con esto enseña a los hombres que ellos son inconmensurablemente más que simples animales.

Dios no es igualitario... otra grande, grandísima lección.

\*\*\*

¿Habría algo que nos haga sentir mejor el horror que producen la codicia, el orgullo, la falsedad, que la «fisonomía» de la segunda foto? La «frente» baja y esquivada, el porte orgulloso de la cabeza, la mirada fría y «desalmada», la boca desdeñosa, el pico encorvado y agresivo, una capacidad de movimiento terrible que parece toda hecha para atacar, todo, en fin, inculca horror, en este buitre.

¿Horror de qué? Del mal moral, que nos aparta de Dios.

Un liberal no quiere pensar en esto. Y es porque muchos hombres no son propensos a admitir la existencia del mal, sobre la cual Dios instruye con símbolos como éste.

\*\*\*

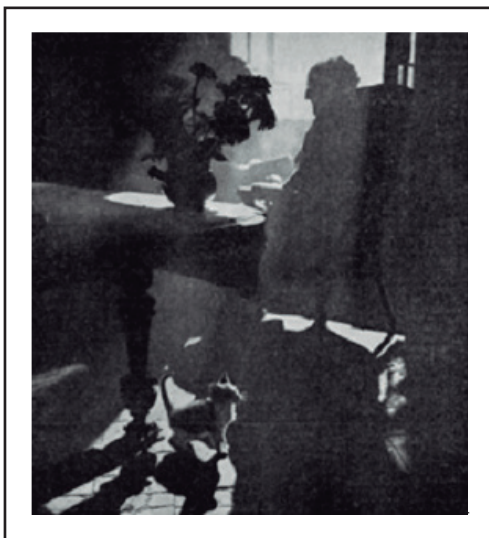
Y así, al considerar la naturaleza, se aprende a no ser, ni sentimental, ni liberal.

Traducido de «Catolicismo» No.139 - Julio de 1962

# El riquísimo significado moral de los simples objetos caseros

---

El perfil expresivo de ese hombre recostado en su poltrona conserva rezagos de su fuerza en otros tiempos. Algo imponderable y muy nítido hace ver que se trata de una persona vivida, un viejo tal vez, o alguien que se encuentra en el borde de la vejez, y la enfermedad o las añoranzas consumieron precozmente. En torno de él, y sirviéndole de marco, ¡cuánta cosa se expresa, por la voz de los objetos apaciblemente caseros, en esa penumbra acogedora, hecha de sombras fraternalmente armonizadas con un espléndido chorro de luz matinal! En una palabra, ¡cuánto ambiente puede haber en un cuarto de viejo!



Desde esa poltrona hecha para un reposo con dignidad —«otium cum dignitate»— ese hombre, inundado de una luz que brilla sin quemar, ve por la ventana ampliamente abierta todo un panorama. Situación propicia para considerar de lejos y desde arriba a las personas, a las cosas, el pasado y la vida. Precisamente las grandes consideraciones que son la distracción de los viejos, el fruto más elevado de su experiencia, y su mejor preparación para la eternidad.

Tales reflexiones exigen un ambiente lleno de quietud, en donde el alma pueda volar para altas regiones, y las cosas sirvan amablemente al cuerpo, para que él no la perturbe. Los ojos pueden posarse distendidamente, en esas penumbras distinguidas y amigables, en que los objetos familiares hacen patente una belleza sin presunción y afable. Sobre una fuerte mesa de madera tallada, un panecillo que sobró de la última comida, una jarra pintoresca, unas flores grandes y un poco rústicas. Todo es decente, agradable, serio y al mismo tiempo ameno. Y cuando el alma, cansada de consideraciones más altas, quiere distraerse, tiene realmente con que entretenerse. Cuenta con el gatico que representa en el cuadro el elemento de vivacidad, gracia y fantasía. Cuenta con el piso de piedra o ladrillo, cuyos rectángulos partidos tienen tanta gracia a la luz del sol, cuenta con la mesa que evoca tantas comidas familiares de otros tiempos, cuenta con las flores que constituyen una nota de animación y alegría; cuenta con cada una de estas cosas y —mucho más que esto—, cuenta con el conjunto de todas ellas, esto es, con un ambiente...

Nada es impecablemente limpio, ni cuidadosamente arreglado, ni busca aparentar riqueza.

Las cosas son lo que son, y forman una atmósfera cargada de significados morales, tan provechosa para el alma como para el cuerpo el aire libre y el sol que el anciano como que sorbe a grandes tragos.

Traducido de «Catolicismo»

No. 108 - Diciembre de 1959

Un cuadro oportuno en la era de la máquina

## Elegancia y destreza vencen a la fuerza y la materia

---

Un noble de Polonia, el Conde S.K. Potocki (1752-1821), participaba de una cacería en tierras del Rey de Nápoles, cuando le mostraron un caballo tenido por indomable. El Conde se quitó sin demora la casaca y montó el bravo animal, que se dejó subyugar por él. David, el gran pintor francés, representó la escena en el momento en que Potocki daba por consumada su victoria.

El caballo, dotado de una musculatura admirable y lleno de una estu-  
penda vitalidad, parece espumajear aún bajo el yugo del caballero. Este,  
dando no obstante la impresión de ser casi delicado en relación a la montu-  
ra, se mantiene sereno, elegante,

enteramente señor de sí y del animal, y saluda a quienes aplauden su triunfo.

Símbolo admirable de la victoria del espíritu sobre la materia, del hombre sobre el bruto.

Qué bello tema de meditación para los hombres de una época como la nuestra, que frecuentemente se dejan domar, ya no por el animal, sino por aquello que en el orden de los seres les es muy inferior, esto es, por la máquina.



Traducido de «Catolicismo»  
No. 117 - Septiembre de 1960



# Epílogo

---

## **Carta de San Pablo a los Romanos (Cap. I, 16-32)**

«Que no me avergüenzo yo del Evangelio; siendo él, como es, la virtud de Dios para salvar a todos los que creen: a los judíos primeramente y después a los gentiles. Y en el Evangelio es en donde se nos ha revelado la justicia que viene de Dios, la cual nace de la fe, según aquello que está escrito: El justo vive por la fe.

Se descubre también en él la ira de Dios, que descarga del cielo sobre toda la impiedad e injusticia de aquellos hombres que tienen aprisionada injustamente la verdad de Dios: puesto que ellos han conocido claramente lo que se puede conocer de Dios. Porque Dios se lo ha manifestado. En efecto, las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo, por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas; y así, tales hombres no tienen disculpa. Porque habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias: sino que devanearon en sus discursos, y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas; y mientras se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios; hasta llegar a transferir a un simulacro en imagen de hombre corruptible, y a figuras de aves, y de bestias cuadrúpedas, y de serpientes, el honor debido solamente a Dios incorruptible.

Por lo cual Dios los abandonó a los deseos de su corazón, a los vicios de la impureza; en tanto grado que deshonraron ellos mismos sus propios cuerpos: ellos que habían colocado la mentira en lugar de la verdad de Dios: dando culto y sirviendo a las criaturas en lugar de adorar al Creador, el cual es digno de ser bendito por todos los siglos. Amén. Por eso los

entregó Dios a pasiones infames. Pues sus mismas mujeres invirtieron el uso natural, en el que es contrario a la naturaleza. Del mismo modo también los varones, desechando el uso natural de la hembra, se abrasaron en amores brutales de unos con otros, cometiendo torpezas nefandas, varones con varones, y recibiendo en sí mismos la paga merecida de su obcecación. Pues como no quisieron reconocer a Dios: Dios los entregó a un réprobo sentido, de suerte que han hecho acciones indignas del hombre, quedando atestados de toda suerte de iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de perversidad: llenos de envidia, homicidas, pendencieros, fraudulentos, malignos; chismosos, infamadores, enemigos de Dios, ultrajadores, soberbios, altaneros, inventores de vicios, desobedientes a sus padres, irracionales, desapiadados. Los cuales en medio de haber conocido la justicia de Dios, no echaron de ver que los que hacen tales cosas son dignos de muerte: y no sólo los que las hacen sino también los que aprueban a los que las hacen.»

# Nota

---

Enriquecido con una selección de la obra «Ambientes, Costumes e Civilizações» del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, este trabajo presenta un breve resumen sobre las consideraciones sobre la obra de los seis días del «Catecismo de la Perseverancia» de Monseñor J. Gaume (Gaume Editores, París, 1859) y de «Colaciones sobre el Hexamerón o Iluminaciones de la Iglesia» de San Buenaventura. El P. Gaume, a su vez, condensa a: Santo Tomás, «Suma Teológica», 1 p. q. 65 y ss.; a Sturm, «Consideraciones sobre las obras de Dios»; a Pluche, «Contemplación de la Naturaleza»; a San Juan Crisóstomo, «Homilias sobre el Génesis»; a San Agustín, «Del Génesis en el sentido literal»; a San Gregorio Nazianceno, «Discurso XXXVIII y XLV»; a San Gregorio de Nissa, «Mecanismo del hombre»; a San Ambrosio, «Hexaameron»; y a San Basilio, «Hexaameron». Esta última obra originó el siguiente comentario de San Gregorio Nazianceno: «Cuando la tengo en mis manos o en mis labios, transportado con ella al trono del Creador, comprendo todo el mecanismo de sus obras, y aprendo a admirar al sublime autor de todas las cosas, más que en todas mis contemplaciones».